

El Ruedo



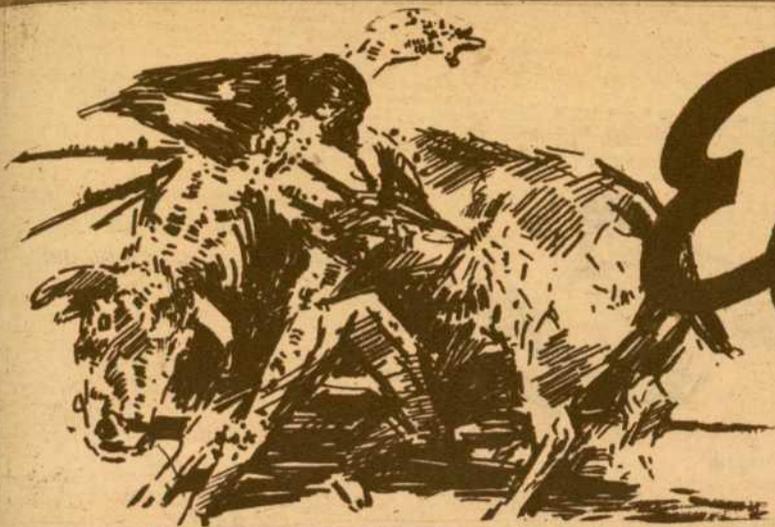
2
Plas

a. Martin Maqueda
Portugal



Los toros en el Extranjero

Los forçados (Portugal)

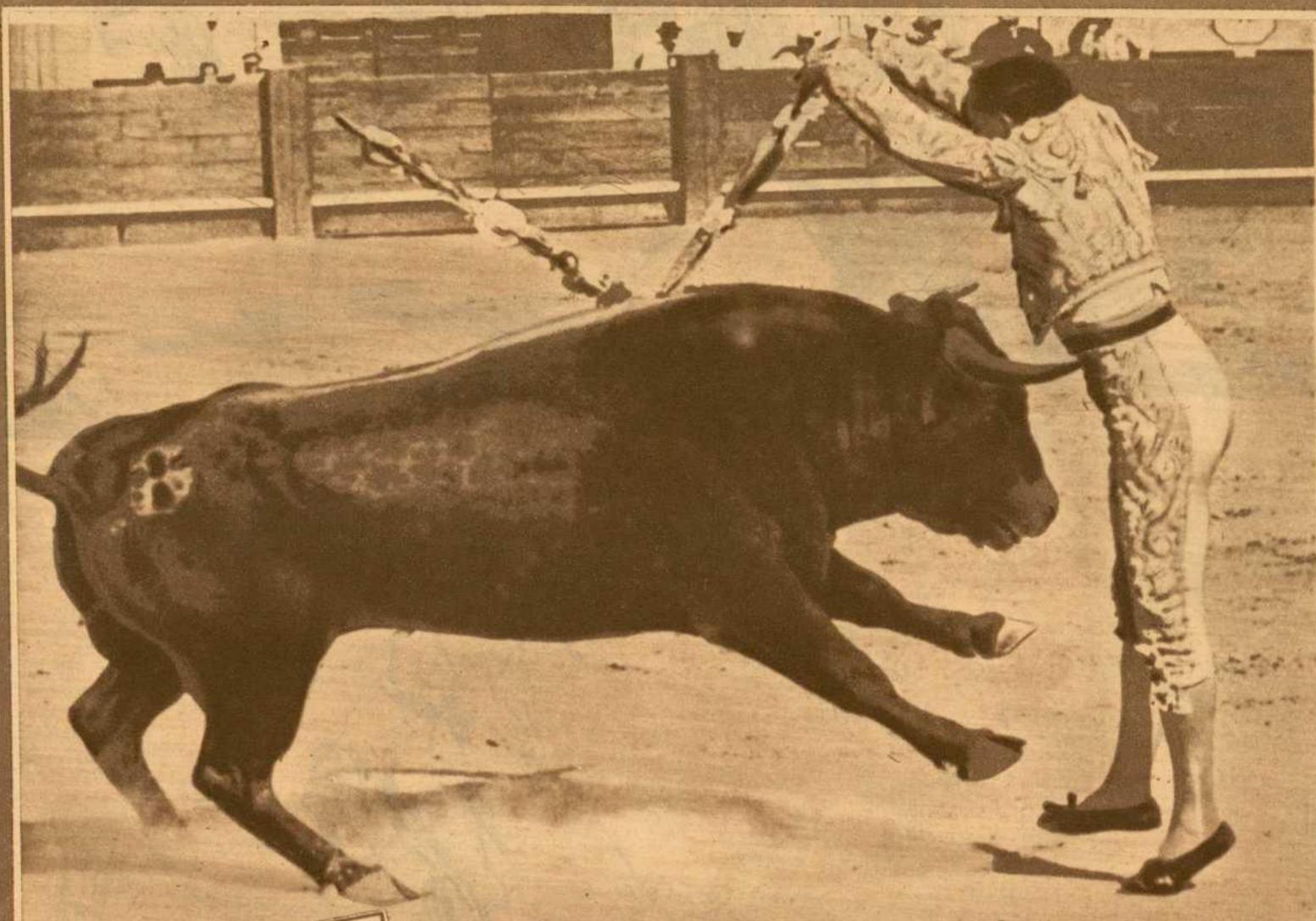


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 14 de noviembre de 1946 - N.º 125



MANOLETE, BANDERILLERO (¿?), O MANOLETE CASI PIERDE SUS PANTALONES

FC1052046...WATCH YOUR CREDIT...INTERNATIONAL NEWS PHOTOS
SLUG (BULLFIGHT)

MANOLETE ALMOST LOSES HIS PANTS
LIMA, PERU.....THIS IS THE KIND OF STUFF THAT HAS
MADE MANOLETE THE HIGHEST-PAID BULLFIGHTER IN THE WORLD.
MANOLETE TAKES THE CHANCES THAT BRINGS THE HEARTS OF THE
SPECTATORS UP TO FLIRT WITH THEIR TONGUES. IN THIS FIGHT
AT LIMA-PERU HE STANDS HIS GROUND IN THE FACE OF A
CHARGING BULL, CAROLING HIS LIFE ON A SWAY OF THE HIPS
TO AVOID THE MURDEROUS HORN AS HE PLANTS HIS BANDERILLA
BEHIND THE MADDENED ANIMAL'S SHOULDER. THIS TIME, THE
HORN ACTUALLY BRUSHED THE GOLD-EMBROIDERED PANTS OF
THE ACE MATADOR, WHO BECAME UNPOPULAR WITH THE MEXICAN
GOVERNMENT BECAUSE OF THE WAVE OF INDUSTRIAL ABSENTEEISM
CASUED WHEN PEOPLE WOULD RATHER SEE HIM FIGHT THAN WORK.
W.11.1.46 R (SPTS)

Tampoco esta vez la fotografía es un error. No. Su autenticidad está garantizada por el prestigio de la famosa agencia «International News Photos» «A unit of King feature Synd», representada en Madrid por Ortiz.

El «pie» de la foto —cuya reproducción en el idioma original aparece en esta misma página— dice poco más o menos: «Lima (Perú). Esta es la clase de trabajo que ha hecho a Manolete ser el matador de toros mejor pagado del mundo. Estas son las «suertes» de Manolete, las que hacen que «los corazones de los espectadores se suban a flirtear con las amígdalas». En esta suerte, en Lima, sostiene su terreno frente al toro que carga contra él, jugándose la vida a un ligero movimiento de las caderas para evitar el cuerno asesino y plantar sus banderillas en el lomo del enfurecido animal. Y esta vez el cuerno enganchó los pantalones del as de los maadores —pantalones recamados de oro.»

He aquí nuestra perplejidad. De una parte, el documento gráfico y su explicación literaria. De otra, nuestra duda acerca de que Manolete banderillee, y banderillee, sobre todo, con ese buen estilo que la cámara fotográfica ha recogido. Y todavía otra duda más: ¿pero ese torero que aparece en la fotografía —su tipo, su línea, sus maneras— es, en realidad, el «monstruo» de Córdoba? ¡Misterio!

Carecemos, sin embargo, de otros datos. La lucha está entablada entre la información solvente que se nos proporciona y nuestra convicción de que Manolete no ha banderilleado nunca. Mas, ¿quién es capaz de afirmar que el famoso cordobés no nos guarda ba a los aficionados españoles ese gran secreto?

Sea lo que sea, ahí va la foto. Que nuestros lectores —que tan bien conocen los gestos taurinos— juzguen.

AYER Y HOY

"EL PROBLEMA de las PUYAS"

Por ANTONIO CASERO

Ayer, los toros con poder y sin peto los caballos, hacia falta ser mucho picador para castigar así como así...



Hoy, los toros sin poder y con peto los caballos, cualquier piquero puede hacer daño a gusto... y algunas veces hemos visto barrenar con las dos manos... ¿Solución...? Doctores tiene la Fiesta

ANTONIO CASERO

DOMINGO GONZALEZ, DOMINGUIN, aboga por que se cumpla el Reglamento con todo rigor

«La mejor reforma..., el peso reglamentario de los toros»

El mayor o menor lucimiento, en muchos casos, de la suerte de varas, depende de la presidencia

DOMINGO González, Dominguín, o la inquietud laboriosa. Torero en su tiempo, padre de toreros, ex apoderado, ex empresario, agricultor hoy, Domingo González no se consiente punto de reposo. Porque hasta cuando la temporada ha concluido y cesa el rodar y dormir por las carreteras de un extremo a otro de España, empiezan sus actividades entre barbechos, sementeras, gañanes y rebaños.

Pero siempre hallará tiempo para hacer acto de presencia en las tertulias taurinas, a la busca de alguna noticia que pueda interesar a su afición o a sus negocios.

Fué en uno de esos mentideros donde atrapamos al ex torero de Quismondo, y tras de invitarle a consumir un turno en la debatida cuestión de la suerte de varas y sus posibles derivaciones, nuestro hombre, después de jugar un momento con la cucharilla de su café, comenzó a referirnos sus impresiones.

—Sobre la pretendida modificación de la puya, existe, a mi juicio, un grave peligro...

—Y ¿es...?

—El que si se llega a la aminoración del castigo, acaso se produzca el mismo efecto en cuanto al peso, edad y tamaño del toro, con lo cual, al desaparecer el riesgo, la fiesta sufriría un rudo golpe y una vez más se cumpliría el adagio de «que el remedio vendría a ser peor que la enfermedad».

—Pero es de suponer que usted abogará por alguna fórmula de solución; ¿no es eso?

—Creo que, olvidando reformas secundarias, todo quedaría solucionado si se llegaran a lidiar toros con el peso y la edad reglamentarios. Entonces sí que volverían las aguas a su cauce...

—Bien; pero acaso las circunstancias han variado. Los tiempos no son los mismos...

—Insisto en que el mayor peligro para la fiesta misma es la falta de peso del ganado y los gravámenes que lo arruinan. Pero de esto ya hablaremos si nos queda tiempo y humor. Ahora bien: de cumplirse lo preceptuado en lo legislado, sería necesario que en las presidencias se sentaran en todo momento elementos técnicos que supieran en cada caso discernir sobre el mayor o menor castigo que debe darse a cada toro.

—Pero ¿tan fácil es calar con exactitud en una labor siempre erizada de dificultades?

—Conviene no olvidar que hay toros con el mismo peso, pero con una casta y un temperamento muy distintos, que en modo alguno pueden estar sujetos a idéntico castigo. Surgen algunos toros que con una vara tienen bastante, y otros, por el contrario, precisan tomar hasta cinco... Dificil momento, repito, este del primer tercio, donde la técnica de la presidencia debe estar rodeada de una verdadera inspiración.

—Ocupémonos ahora del peto.

—En cuanto al peto, sucede que el toro, al tirar cornadas, no prende tan bien como lo hacía cuando aun no se había inventado. Ahora, los toros se quebrantan menos y puntúan más, y, por tanto, suelen ofrecer mayores dificultades para la lidia.

—Anotado su voto antipetista. De lo que usted acaba de decir deduzco su añoranza por los tercios de quites de antaño.

—Pues se equivoca de medio a medio. El peligro, amigo mío, subsiste; ¡no ha de existir! Y también la gallardía y el desprecio, por parte de los diestros para salvar con sus certeras intervenciones al que se encuentra en riesgo de sufrir un percance.

—¿No creo se atreva usted a negar que hoy se torea con exceso, venga o no a cuento?

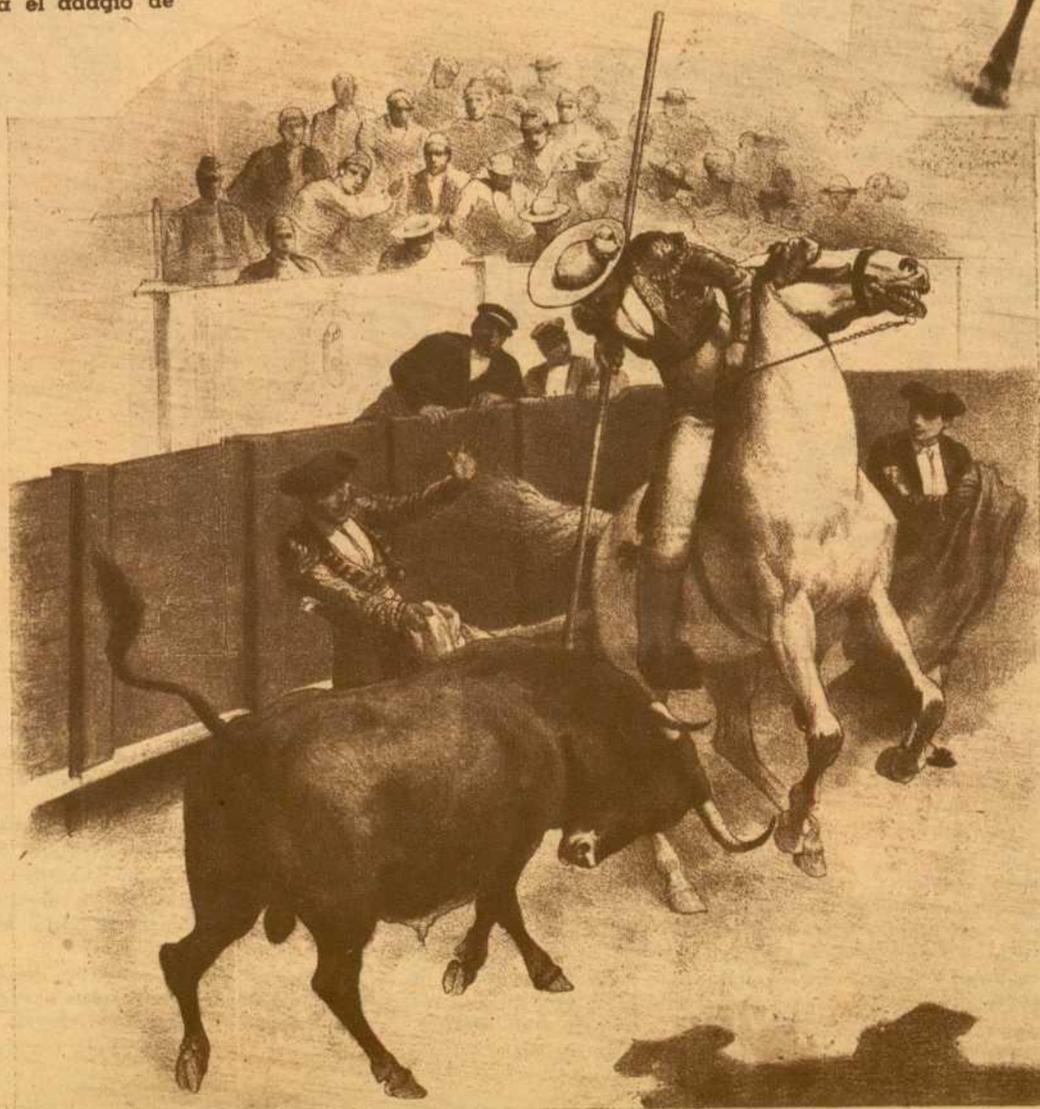
—Exacto pero cuando así ocurre, es a la cuenta del público y no a la de los toreros a la que debe cargarse el tanto de culpa. Es innegable que el toro toreado en demasía pierde y se agota, y llegada la hora de la muleta, en vez de admitir dos docenas de muletazos, malamente consiente seis o siete a duras penas. Y lo mismo ocurre en ban-

derillas. Se abusa, a veces, del jugueteo, que, igualmente, viene a mermar las condiciones de las reses.

—Estamos en tiempos de que la gente quiere siempre contemplar faenas tan largas como desproporcionadas al trapío de muchos toros.

—Ocurre hoy que los toreros, a fuerza de pisar el terreno de los toros, de cruzarse con ellos, de ofrecerles como celo en muchos casos, más que la muleta, sus propias carnes, consiguen sacar faenas lucidas a unos toros que en mis tiempos se les hubiera dad' media docena de machetazos por la cara y abierto el compás.

—Al principio de nuestra charla ha insinuado



usted la existencia de ciertos imponderables perjudiciales para la fiesta: ¿quiere enjuiciarlos brevemente?

—Los impuestos, por un lado, gravan extraordinariamente las organizaciones taurinas. Téngase en cuenta que de la entrada bruta de un corrida se viene a pagar el 42 por 100, véndase o no los billetes, aunque al empezar el espectáculo sobren cuatro, cinco o diez mil.

—Y ¿en cuanto a ganaderos y toreros?

—Unos y otros —incluyendo también a los empresarios— deben aminorar las pérdidas y las ganancias. Las figuras del toreo deben poner un tope en sus contratos, y luego fijar en ellos un tanto por ciento sobre las utilidades, a las que tan directamente contribuyen con su arte excepcional. No es admisible que se arruine un empresario que expone su capital, pero tampoco puede tolerarse que se enriquezca a costa de los demás...

—De acuerdo. Algunos se han enriquecido caprichosamente, sin esfuerzo aparente. Pero los bolsillos de los aficionados se resentían. Y lo malo es que acaso la fiesta también se tambalee...

SEVILLA LLORA LA MUERTE DE CURRO



Moreno de Alcalá saluda al famoso torero en el lecho, donde sufría el dolor de su terrible cornada del Puerto, en 1909

ENTRE EL HOMENAJE POPULAR Y LA INTERCESION DE LA VIRGEN MACARENA RINDIO SU VIDA EL GRAN TORERO



Martín Vázquez, con su familia, en un viejo veraneo. El gran torero tiene abrazado, a su derecha, a Pepín



Media verónica magnífica de su fina y elegante escuela



Curro Vázquez, en los años de sus grandes triunfos

LA muerte de Curro Vázquez —así llamaba Sevilla al famoso Francisco Martín Vázquez— ha roto en su mejor madurez hogareña uno de sus ídolos más expresivos. Curro Vázquez era la sombra del viejo estilo torero, la estampa de una época en que la gallardía hacía vibrar en cálidos aromas el aire de los ruedos de España. Curro Vázquez, con su andar pausado, su sonrisa dulce y generosa para todos, su voz reposada, campesina y grave, su mundo de recuerdos, se ha rendido a la muerte y sobre la tierra santa de este cementerio sevillano, jardín y silencio, claustro de soledades que esperan, una cruz señala su presencia, y sobre ella, un extraño éxtasis torero, florido y marchoso, nos eleva a su ya eterna presencia celeste. Curro

Vázquez ha muerto, tal y como había vivido, de cara a la crudeza del trance, con una ejemplaridad cristiana que ha sido una lección maestra de cómo se muere cuando también se ha vivido esparciendo lecciones de bondad y pureza en derredor de todos.

Había nacido Curro Martín Vázquez en Alcalá de Guadaíra, tierra verde, paisaje de labor y de norias, blancor de cal y de patios, silencios de pinares apretados de aromas redondos. Sobre aquellas breves y adorables carreteras, en aquellas tardes de las primaveras finales del siglo, Curro sintió en su corazón la llamada de los toros y se dió a su destino sin vacilaciones. Y como las cosas del mundo —sólo decíamos a sus amigos en sus recientes e imborrables tardes de charla y de afectos— deben hacerse con el corazón en los ojos, sus ojos fueron tore-

ros desde el día mismo en que lo pensó. Junto al Moreno de Alcalá, Curro cortó a la Gloria sus primeros laureles, y una tarde cálida del verano de 1906 puso en Madrid muy arriba el guiño de lo que había de ser su heráldica torera. ¿Quién podía ungirle matador de alternativa? ¿Quién tenía en sí el cetro de la gracia sevillana? ¿Antonio Fuentes? Pues de las manos morenas, color de tierra sembrada —por eso derramaban flores—, del mágico Fuentes, vinieron a Curro muleta y espada de doctor en la arena del ruedo barcelonés el 6 de octubre de 1907. Cuatro toros de González Nandín —por herida de Fuentes— pusieron a prueba y dieron el más alto mérito al triunfo con que soñaba Curro aquella tarde. Mató a los cuatro, y empezó su brillante carrera.

El cuerpo de Curro había sido herido durísimamente quince veces. La cornada del Puerto —avmajeza y alegría de aquella sangre brava y fuerte!— no la olvida nadie. Se deshacía la tarde agos-

VAZQUEZ

...entre regatas de balandros en el mar de la Puntilla, y había olor de cante y simpatías de barquitos de los Puertos por el paseo ribereño de Calderón, cuando Curro cayó desahogado en aquel ruedo ancho, como un dios mitológico, frente a las astas de un mal sueño. Junto a la cama del herido, el Moreno de Alcalá, chaquetilla gris, cuello de terciopelo negro, moreno el rostro, fijos los ojos en los ojos claros y sonadores del gran torero sevillano...

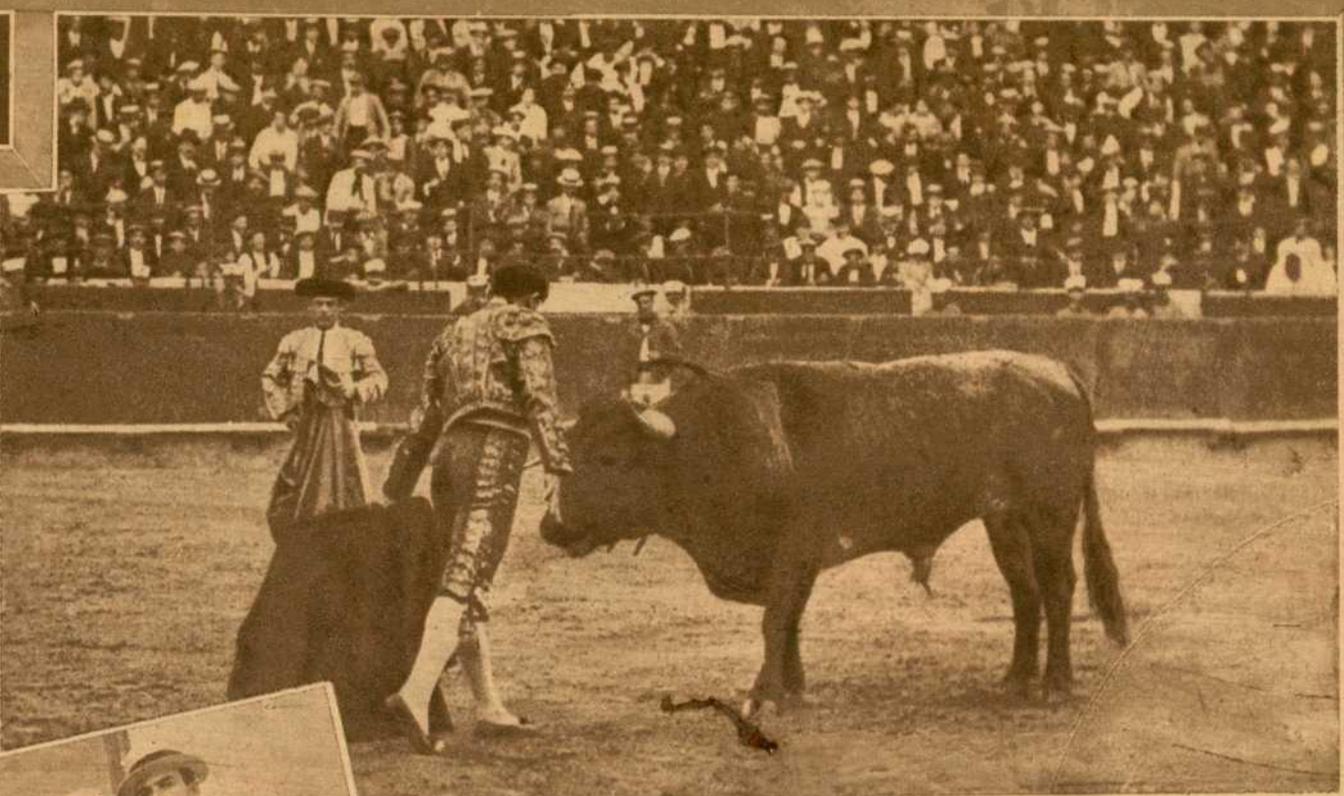
Luego, América. Triunfaron los rezos del hogar, las luces de la tarde macarena, los aromas alcalaños, todo ello pidiendo por la vida del ídolo herido, y Curro toreó en América, con Fuentes, varios años. Cuando volvió, toreó en Antequera, en 1922, y dejó

Curro, aparece en esta foto —hecha en Lima— con Dominguín y Saleri ↓



Un gran par de Curro Vázquez en la Plaza de Barcelona. Curro era un banderillero brillantísimo

Otro momento torero del famoso diestro fallecido →



Un adorno en los mismos pitones. Y además, delante de un toro. ¿Estaba cerca?

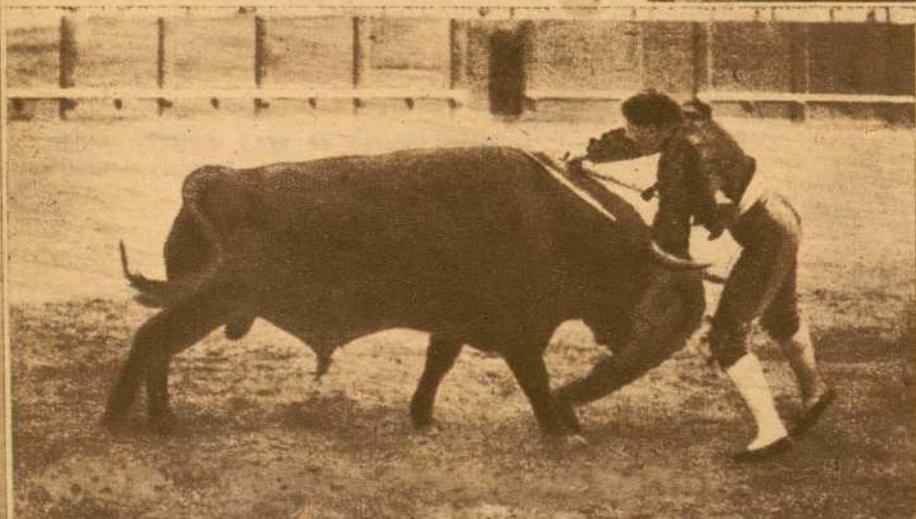
Tres toreros de gran historia: Curro Vázquez, Joselito y Rafael el Gallo ↓



De la vida y de la muerte de un gran matador de toros (Viene de las páginas 4 y 5)

los toros. ¿Por qué? Curro había entendido cumplida su misión y acabada su obra. Obra histórica, obra clavada en una de las raíces más legítimas y fundamentales del Toreo: la gallardía, la apostura, la fuerza del corazón, que puede con las batallas más rudas. Su toreo fácil, su sitio en la Plaza, y, sobre todo, aquella insuperable belleza con que sepultaba el estoque en la arteria del toro, quedaron fijos, inamovibles, como pilares de su propio monumento, en la mejor evocación del toreo de este siglo. ¡Curro Vázquez, torero! Su andar, su gracia, su prestancia —la más elegante y fina expresión del garbo y la armonía varonil—, ahí están, fuera de la muerte, para siempre, en el aire y la soledad con que Sevilla le ha llorado y le llora y habrá de llorarle largo y doloroso tiempo.

Había sufrido mucho Curro Vázquez estos últimos años. Su naturaleza —tan herida, tan cruzada de dolor y de sangre— luchaba contra todo, porque era fuerte, denodada, heroica. Cada enfermedad sembraba su raíz de sombras en un cuerpo resentido de sus trances gloriosos y dramáticos, y estos últimos años



La estocada era el fuerte de Vázquez. Nadie le superaba en la suerte suprema. He aquí una magnífica prueba de cómo fulminaba a los toros



He aquí una curiosísima foto de aquel tiempo. Así viajaban las cuadrillas de aquella dura época



Esta es la última foto de Curro Martín Vázquez, hace pocos días, con un amigo y en pleno barrio de la Macarena

Vázquez, en una de sus primeras tardes de triunfo, muestra al público los máximos trofeos ganados

En esta foto familiar, sólo falta el mayor de los hijos, Francisco, médico. Hace cuatro años, en la finca «San Fernando», del famoso torero. Ya era Manolo matador de toros, Rafael triunfaba como novillero de muy fino arte, y Pepín —niño— estaba lleno de sueños toreros



—que habían reverdecido en sus hijos sus propios laureles— los vivió Curro con un nuevo mundo de ilusiones y de alegrías. Hasta su corazón de padre llegaban los resonantes vitores ofrendados a sus hijos, y también la alegría profesional de Curro, el mayor, médico de sólido prestigio en Sevilla, irrumpía en su corazón. Todo le alegraba: su casa, su vida, sus tertulias, sus anécdotas... Pero Dios se lo ha llevado para su reino permanente. Se anticipó —como enseñan los misericordiosos textos sagrados—, y nos espera. Entre el homenaje de Sevilla —toda Sevilla le seguía, y sus hijos le llevaban a hombros en un postrero homenaje, cercado del llanto y los rezos del barrio donde la Macarena vela la vida y la muerte de los toreros—, entre las flores de este otoño, que tiene para nosotros una lección de serena resignación y mansedumbre. Curro Vázquez, de madrugada, católicamente, apretado, adorado, entre las manos de sus hijos, arrasados de lágrimas sus ojos por la ausencia de Rafael, en Méjico, cruzo, en un paseo más, hacia la tierra que le ha hecho descansar ininterrumpidamente. Dios lo tiene en su alegre presencia. Y Sevilla le guarda en su alegre corazón estremecida. Curro Vázquez: sombra de majera, de gallardía, de toreros de estampa. No te olvidaremos.

PAGO MONTERO

El idilio Manolita Bocanegra y Carlos Vera, Cañitas, habrá sido santificado hoy en la iglesia de la Paz

"Estoy orgulloso de casarme con una española y de fundar un hogar en España", nos dijo el diestro azteca

La noticia, probablemente, no conmoverá al mundo. Ni el mundo dejará de ser mundo por que Carlos Vera, Cañitas, se case dentro de unas horas. Sin embargo, al aficionado, a este hombre de fechas, datos, anécdotas e historias taurinas, el suceso puede interesarle. En sí, el gesto de Cañitas es simpático, porque el diestro azteca viene a fundir su vida en un hogar españolísimo.

... Y acabó en boda.

—¿No es así, señorita?

—Felizmente, así es.

Manolita Bocanegra —apellido de vieja solera taurina— sonrió feliz. Antes había suspirado. Sus ojos, negros, tenían un brillo singular. ¡Qué guapa estaba así —alegre y feliz— Manolita Bocanegra. Porque la novia de Cañitas —dentro de unas horas su esposa— es una mujer bella y joven. No sé por qué, contemplándola —quizá influenciado por su belleza morena—, llegué a preguntarla...

—¿Es usted sevillana?

—¡Oh! ¡No! —exclamó ella—. Yo no soy sevillana: soy asturiana, gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios...?—repetí.

—Sí...; pero que no lo tomen a mal los sevillanos, porque es que yo, la verdad, adoro a mi tierra. Por lo demás, créame que no me importaría ser sevillana. Precisamente, lo primero que visitaré en mi viaje de novios será Sevilla.

—Y ahora... —dije a continuación, con cierto titubeo—, ¿quiere decirme cómo se conocieron ustedes?

—Pues... nos conocimos una tarde de julio de 1945 —poco más de un año de relaciones—. Yo recuer-

do que fui con papá a casa de unos amigos. Y en esta casa me presentaron a Carlos Vera.

—¿Este mismo día nació el idilio?

—No sé, no sé... —me contestó ella, ambiguamente.

—Usted, antes de la presentación, ¿había oído hablar de Cañitas?

—Yo creo que no, aunque no estoy muy segura de ello, porque es probable que papá, que es muy aficionado a la fiesta, haya hablado alguna vez de Cañitas en mi casa. De todas las maneras, yo de la existencia de Cañitas no tenía la menor idea. Luego, de Cañitas, torero, tampoco he sabido muchas cosas, porque a mí el que me interesaba sobre todas las cosas era Carlos Vera.

—Es decir, a usted le interesaba el hombre, no el torero...

—Así es, en efecto.

—Después de conocerle, ¿le ha visto usted torear?

—En corrida de toros, nunca. Hace muy poco le vi torear en un festival en Arenas de San Pedro, y... ¡le cogió! Se puede imaginar el susto que me llevó.

—¿Sabe usted que Cañitas es un torero muy valiente? ¿Que los aficionados dicen de él que es excesivamente valiente?

—Lo sé...

—Y esto, ¿no le causa temor?

—Como no se lo puede imaginar. En realidad, la profesión de Carlos me causa temor, lo mismo con mucho valor que con poco. Es, en sí, la profesión lo que me asusta...; pero esto es una cosa que no tiene remedio.

—¿Por qué?

—Porque creo que Carlos será torero por mucho tiempo.

—¿Su ilusión...?

—Que Carlos se retirase...; pero esto no lo veo fácil. ¡Lo veo difícilísimo!

—¿Procurará usted quitarle sus aficiones taurinas?

—Yo, no...; se lo digo sinceramente. Yo no pienso quitarle su afición. Es

más: pienso alentarle, porque comprendo que mi deber es ayudarle en su dura profesión. Si tiene que ser torero, que sea bueno, que triunfe y que se supere, para que luego no diga nadie que soy la culpable, que tengo la culpa de que mi marido vaya a menos en la fiesta. Eso es lo que quiero evitar y lo que procuraré evitar siempre. Como todas las mujeres, yo también he de saber ser resignada. Si Dios ha querido darme un marido torero, no veo la razón para que yo quiera cambiar su destino...; aunque, eso sí, esperaré siempre ese día feliz en el que él me diga que ya nunca más se vestirá de luces.

—De la profesión de su marido, ¿qué es lo que menos le gusta?

—Lo que más me molesta es la publicidad que gira alrededor de los toreros.

—¿No teme usted que la popularidad de su marido le aleje del hogar?

—Contieso sinceramente que no creo que esto suceda nunca. No temo a su popularidad. El estará alejado de mi lado cuando tenga que torear...; pero tampoco estará muy alejado de mí, porque yo estaré rezando por él...

—Y usted, ¿cómo ve a Cañitas?

—Bueno, sencillo, humano... y muy enamorado —me contestó en un rasgo de sinceridad.

Carlos Vera, Cañitas —ausente en la charla—, llegó en aquel momento. Debí de oír la última palabra de su prometida, porque sonrió con una sonrisa ancha que iluminaba su rostro de puro azteca...

—Usted, Cañitas, ¿qué me dice?

—Que en este caso es el corazón el que manda. Yo soy —se lo puede imaginar— un hombre feliz en estos momentos. Para mí es una satisfacción, pero una gran satisfacción, el casarme con una española, pues todo el mundo sabe el inmenso cariño que tengo a España, y porque a la Madre Patria le debo todo lo que soy. Me siento orgulloso, pero que muy orgulloso, de fundar mi hogar en España... y con una española.

—El matrimonio, ¿no le retirará de los toros?

—No. Al casarme, mi afición aumentará por una razón: porque yo quiero para mi mujer todo lo mejor que haya en el mundo, y esto sólo puedo conseguirlo arrimándome mucho al toro. Con más valor y con más afición que nunca.

Y...

Así quedó esta charla.

Habíamos hablado del idilio Bocanegra-Cañitas, que a estas horas habrá terminado en boda. Que es como terminan todos los buenos amores. Un final humano...

CRUZ ERNESTO FRANQUET

Cañitas y su novia cuentan a nuestro redactor su idilio, que hoy habrá terminado en boda

... en familia. Cañitas, su novia, su madre y su hermano político paseando por las calles madrileñas (Fots. Zarco)



Manolita Bocanegra, sonriente y feliz, posa para nuestro fotógrafo



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



UN telegrama de la Agencia Efe, fechado en Méjico, publicado en toda la Prensa española, nos daba cuenta del descontento que existe en aquel país, tanto entre los aficionados como entre los diestros aztecas.

El descontento de los aficionados es debido a la extraordinaria subida de los precios de las localidades, y nada tenemos que objetar. Ese mismo descontento lo padecemos también en España, sin que haya tenido otras consecuencias hasta ahora que las que particularmente

afectan al bolsillo de cada ciudadano y algún que otro fracaso de empresarios; pero el descontento de los toreros tiene mucho menos fundamento y bien merece un comentario.

Resulta que Armillita, el Soldado, Luis Procura y Paco Gómez quieren cobrar lo mismo que el diestro español Manolete, para lo que aducen —uso palabras y frases del telegrama mejicano— que ellos son de tanta categoría como Manolete, o, en todo caso, que desean ganar lo mismo que él. A lo de desear, nada se puede oponer. Quien más quien menos, alienta su vida con no pocos deseos, que se realizan o no, según el esfuerzo que se ponga en alcanzarlos. Ahora bien, resulta algo alarmante la actitud de los mencionados diestros por la posibilidad que sin duda tienen para manejar el otro descontento, el del público, que, puesto en juego cuando Manolete, Ortega y otros diestros españoles actúen en la Plaza de Méjico, puede provocar desagradables incidentes, si no iguales en cuanto a los móviles, sí semejantes, en sus resultados, a los que ocurrieron en las Plazas españolas en la temporada de 1936.

Bien está, para tranquilidad de los diestros mejicanos y de los españoles, que se reforme el actual convenio, que sobre estar hecho con precipitación y con falta de elementos de juicio (se desconocían en ambos países las circunstancias en que se desenvolvían las respectivas temporadas), no se cumple rigurosamente; pero sería conveniente antes evitar actitudes a todas luces de hostilidad para los diestros españoles, que pudieran desembocar en una nueva ruptura.

Me parece obvio señalar que aquí en España no se ha cometido, por parte de ninguno de los interesados, ni muchísimo menos por parte del público, acto alguno que pudiera redundar en perjuicio de los diestros mejicanos. Cuantos vinieron a someterse al fallo de la afición española hallaron primero, por parte de las Empresas, las necesarias oportunidades; por parte de los diestros, poder figurar en los carteles más importantes, y por parte del público, esa hospitalaria cordialidad que está siempre muy por encima de las consideraciones que se guardan a los propios diestros españoles. Si luego algunos no supieron o no pudieron sacar partido de tales facilidades, la culpa no es nuestra.

En cuanto al concreto motivo del descontento que sienten unos toreros que no cobran igual que Manolete, si puede sentirse, no creo que deba en modo alguno manifestarse. Es posible que muchos toreros españoles hayan deseado torear tanto y tan caro como Arruza; pero, por fortuna para su buen crédito y aun para el de todos los españoles, se abstuvieron de manifestarlo. Los aficionados de aquí se habrían reído de la pretensión sin darle más importancia, y esperamos aún que los de allí hagan otro tanto, sin dejarse arrastrar por el mal humor de la carestía, que es otra cuestión.



Manolete



Arruza

EL PLANETA DE LOS TOROS

TOREAR DE SALON

MUCHOS toreros me han asegurado, muy serios, que el torear de salón es muy difícil. Pueda ser. Por si acaso, yo no lo he intentado nunca.

A lo más que he llegado es, en una tiésta, darle tres lances a la atmósfera, que no es mala becerra. Pero en seguida me cansaba. Me parecía una cosa absurda y hasta, si me apuran, grotesca. En cambio, a los toreros les gusta mucho; sobre todo, a los principiantes.

El toreo de salón creo que habrá existido hasta en los tiempos de Curro Cúchares. En los de Pedro Romero, no. Pedro Romero, digan lo que quieran sus panegiristas, debió de ser un matarife, todo lo excelente que se quiera, pero un matarife, sin asomo de arte en sus faenas. Entre otras razones, porque aun no había nacido el arte de torear. El señor Curro Cúchares fué un ventajista tremendo, un pícaro pinturero y gracioso. Y a lo mejor, por las mañanas, antes de desayunarse, cogía su capote, y en el patio de su casa sevillana se marcaba el hombre sus largas verónicas, sus navarras. Pero, desde luego, el auge del toreo de salón es moderno, muy moderno, de nuestros días. Cuando el toreo se transforma en posturitas, en florituras, en ratinagos bonitos, en eso que se llama componer la figura. ¡Y qué bien se puede componer la figura toreado de salón! ¡Me explico perfectamente la locura de los principiantes, cuando se sienten ellos mismos preciosos toreado en su alcoba! ¡El día que yo le haga esto a un toro!, piensan todos.

No hay que confundir el toreo de salón con ese otro ejercicio de entrenamiento que consiste en torear a un carretón con cuernos manejado por un abnegado amigo o pariente del diestro. Esto ya tiene más intrínquilis.



El toreo de salón es otra cosa. Mucho más sencilla y menos peligrosa. En el toreo de salón no hay otro enemigo que el aire. Y el aire, cuando no se está delante del toro, no suele dar demasiado miedo. Y entonces, ¡qué airoso y garboso gira el cuerpo en el natural! ¡Qué tanda de ellos puede ligarse! Y eso que... si nos paramos un poco a pensar, no tantos como suelen prodigarse a esas lontanías de la pandereta, con escasos kilos, menos pitones y la fuerza suficiente para correr un poquito, que tan frecuentemente salen ahora por los chiqueros. ¡Estamos ya saturados de naturales! ¡Quién nos lo iba a decir cuando nos volvíamos locos con los tres o cuatro que, a lo sumo, instrumentaba Juan Belmonte a un toro boyante! Pero, claro, a un toro de verdad no se le engaña tan fácilmente.

Muchas tardes, en la Plaza, al presenciar estas faenas, he pensado que aquello era toreo de salón. Se me podrá decir que ello es muy meritorio. Hasta cierto punto lo concedo nada más. Porque si nos fijamos en el toro —observación de la que hoy prescindían todos esos espectadores que se entusiasman con esta clase de faenas—, comprendemos que su peligrosidad es tan mínima como la del aire a quien torea en el pasillo de su casa el torerito de salón.

Confieso que he visto poco torear de salón. Me aburre, y no solamente me aburre, sino que me desasosiega. Me ocurre lo que nos acontece cuando contemplamos un baile sin oír la música, que salimos corriendo sin poderlo remediar. Hay que insistir mucho sobre esto. El toreo sin toro, o, lo que es lo mismo, con un torito, no es nada. Una pantomima ejecutada por mediocre bailarines. Porque toda esa monserga del esteticismo no es nada más que eso: monserga. Lo meritorio del toreo consiste en hacerle cosas a un toro que imponga respeto por su facha y sus hechos. No dudo que el toreo de salón será muy útil para la conveniente soltura de brazos, para ir comprendiendo cómo y de qué manera se practican las suertes, para perfeccionarse en ellas. Pero con lo que no transijo es que en el ruedo asistamos a un curso de toreo de salón, porque en cuanto se presenta la menor dificultad, se acaba el toreo de salón, y, lo que es peor, que no surge el otro, el de verdad, el que tanto echamos de menos unos cuantos, muy poquitos, para desgracia de la fiesta y fortuna de los toreros.

ANTONIO DIAZ-CARABATE

EL PRIMER TRAJE DE LUCES

EMOCION, RECUERDO Y ANECDOTA



Antonio Bienvenida



Pepe Bienvenida



Luis Miguel Dominguín



Juanito Belmonte



Rovira



Pepin Martín Vázquez

Las sensaciones primeras dejan siempre un recuerdo emocionado, inolvidable muchas veces, en la vida del hombre. Así, en la vida del torero, el recuerdo del primer traje de luces. No se irá de la memoria del lidiador el color de aquella seda. No se borrará la luz que aquella tarde tenía, ni el perfil del ruedo taurino que fué escenario de la primera salida. Después, andando los días, vendrán nuevos y más lujosos trajes, cuando el triunfo haya llegado. Nunca, sin embargo, será olvidado aquel traje del comienzo, que el diestro se vistió apresuradamente, mientras el corazón aceleraba su ritmo y la frente se llenaba de alegres fantasías.

Hemos charlado con algunos toreros populares acerca de su primer traje de luces: el color que tenía, la fecha y el sitio en que se lo pusieron, los nervios de aquella tarde, el resultado de la salida primera, los diestros que formaban el cartel... Leed, a continuación, los recuerdos que en la vida de aquellos lidiadores van unidos a la seda y los alambres del traje primero.

JOSE BIENVENIDA, TORERO A LOS ONCE AÑOS

—Fué en Valencia, el 8 de octubre de 1925—recuerda Pepe Bienvenida—. Ibamos mi hermano Mamolo y yo, de becerristas, con uteros del duque de Tovar. Mi traje era verde y oro, hecho a la medida en Sevilla. Y me lo puse con una alegría extraordinaria: la alegría de sentirme torero de veras a los once años. En la corrida estuve bien y corté orejas. Recuerdo, sobre la corrida de mi primer traje de luces, que mi segundo becerro era manso y difícil, y yo no veía la manera de torear. lo bien: se me iba de todos los terrenos. De pronto vi que mi padre, en el ruedo, cerca de los chiqueros, me avisaba con un pañuelo para que llevase allí al bicho. Así lo hice. Me llevé a tirones al becerro, sin sospechar el resultado. Y cuáles no serían mi alegría y mi sorpresa al ver al utero entregado completamente a mi mula...

LUIS MIGUEL DOMINGUÍN Y EL TOREO ANTE EL ESPEJO

—Mi primer traje—cuenta Luis Miguel—era de color salmón, con bordados y alambres de seda blanca. Me lo puse en Linares, el 27 de junio de 1939. Toreé junto a mis hermanos. El traje era comprado, y me lo puse a la vez con miedo y con alegría, con impaciencia y con desasosiego. Sobre todo, esta es la verdad, con alegría. Maté aquella tarde un becerro, del que corté las orejas y el rabo. Y recuerdo que, al volver a la fonda, ya más tranquilo, estuve toreado ante un espejo más tiempo que en la Plaza...

JUANITO BELMONTE, QUE QUISO VOLVER A SUS ESTUDIOS...

—Fué hace once años—dice Juanito Belmonte—, el 13 de octubre de 1935, en la Plaza francesa de Beziers. El traje, comprado, era de color tabaco y oro. Alterné aquel día con José Ignacio Sánchez Mejías. Le confieso que me puse con miedo

el traje. Estuve, sin embargo, bien: corté orejas y rabos en los dos novillos. Pero recuerdo que, cuando salió el primer novillo, me entraron ganas de marcharme de la Plaza y volverme otra vez a estudiar...

ROVIRA Y SUS SEIS HORAS DE TOREO

—Era lila y plata mi primer traje de torero—cuenta Raúl Ochoa—. Y me lo puse el 12 de abril de 1942, no en una Plaza, sino en la cancha de fútbol del Club Racing, en Olavarría, en la República Argentina. Mis compañeros de cartel eran dos gauchos. El traje no fué alquilado ni prestado: lo adquirí a cambio de una bicicleta. Y me lo puse con una gran emoción y una gran alegría. Estuve—perdóneme la inmodestia—enorme: al público, argentino, y que no entendía, naturalmente, de toros, le parecía extraordinario cuanto yo hacía. Estuve toreado desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche. Se habían encerrado varios toros del país para desechar al que no embistiese. Y yo los toreé todos, llevado de mi entusiasmo y mi afición. Ni yo me cansaba, ni se cansaba el público, para quien aquel espectáculo era desconocido. En fin, amigo mío, que batí un récord...

ANTONIO BIENVENIDA Y LA FAENA EN LA SOMBRA

—Mi primer traje de luces—evoca Antoñito Bienvenida—fué corinto y oro. Me lo había hecho en Madrid la Nati, en agosto de 1936, apenas empezada la guerra. Con él, como pretexto, pude salir de la zona roja. Y el 15 de agosto de 1937 salí a torear, en Córdoba. Alterné con Paquito Casado, en una novillada de cuatro novillos, sin caballos. Cuando me puse el traje me sentía inquieto, nervioso. ¿Emoción, miedo, alegría? Un revoltijo de todo eso. Recuerdo que estuve muy bien: no corté orejas, pero di dos vueltas al ruedo. ¡Ah! La novillada era nocturna, y hubo, repentinamente, una avería en la luz. La Plaza quedó totalmente a oscuras, y yo tuve que suspender la faena de mula, porque no distinguía al novillo...

JOSE MARTIN VAZQUEZ Y LA CARA ENSANGRENTADA

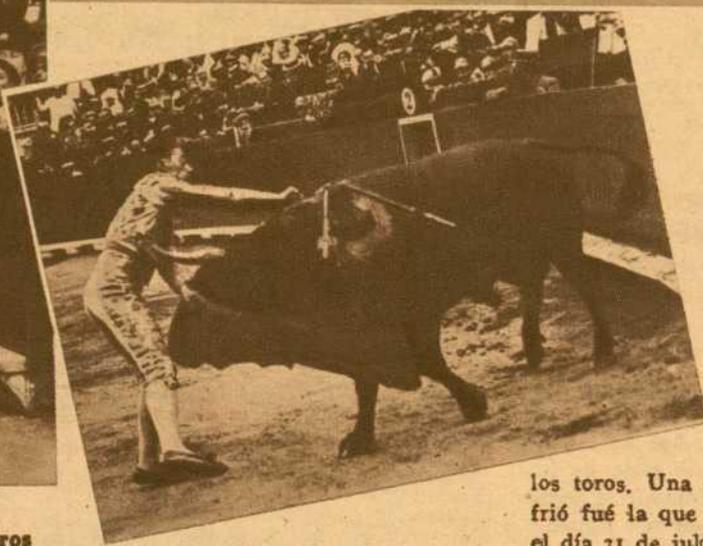
—Fué hace tres años—habla José Martín Vázquez—, el 12 de septiembre de 1943, en la Plaza murciana de Cehegín. Yo había comprado el traje, totalmente nuevo. Era azul celeste muy claro y negro. Toreé aquel día con Minuto y Fuentes. ¡Con qué alegría y con qué impaciencia me puse el traje! Estuve muy valiente, arrojándome mucho: tanto, que el novillo me pegó tres volteretas. Me di cuenta, al acabar, de que llevaba toda la cara llena de sangre. Aquello me alegró, porque reflejaba que me había arrojado y que había estado valiente. Pero mi desencanto fué, en seguida, muy grande. Al lavarme pude ver que la sangre no era mía, sino del novillo...

JOSE MONTERO ALONSO

Manolo Martínez, en la puerta de cuadrillas, junto a los matadores de toros Enrique Torres, Pastor y Chaves, el día de la corrida valenciana, en la que todos los diestros salieron a torear vistiendo el traje regional (Fot. L. Vidal)

El matador de toros valenciano MANOLO MARTINEZ regresará a España a principios de la próxima temporada

Después de una tenaz campaña por tierras americanas, vuelve ahora para despedirse del toreo en los ruedos españoles



lero, en Ruzafa, en donde el diestro había sido bautizado.

Un año ganó la Medalla de Oro en la corrida de la Asociación de la Prensa Valenciana, y en otra ocasión consiguió en Alcira la Naranja de Oro, ofrecida al matador que mejor quedase, trofeo que Manolo Martínez ofreció a la Patrona de Valencia: la Virgen de los Desamparados. De su enorme valor y amor propio dan una buena prueba la cantidad de cicatrices que en su cuerpo dejaron

los toros. Una de las cornadas más graves que sufrió fué la que le infirió un toro de Antonio Pérez, el día 31 de julio de 1925, en Valencia.

El toreo de Manolo Martínez se caracterizaba por los «parones» que ejecutaba con el capote y muleta y por su gran dominio ejecutando la suerte suprema. Por esto, fué anunciado la primera vez que actuó en Méjico con el sobrenombre de «el rey del parón y del volapién».

Eso fué el Tigre de Ruzafa.

Esperemos su vuelta a los ruedos para ver si aun queda en él aquella «casta» que siempre demostraba frente a las fieras astadas.

JESUS LLORET (RECORTE)

DIAS pasados, un viejo aficionado nos dió la noticia de que el matador de toros valenciano Manolo Martínez, que desde el año 1936 se encuentra actuando por tierras americanas, iba a regresar a España el próximo año para despedirse en los ruedos del público español. Nuestro informador nos dijo que él mismo había leído una carta firmada por el propio Manolo Martínez, y dirigida a un hermano de éste, en la que el diestro le comunicaba sus propósitos.

Como la noticia era interesante, dada la fama de que gozó, hace algunos años, en nuestros ruedos, Manolo Martínez, nos lanzamos en busca de su hermano Pepe, para que nos diese detalles relativos al regreso del popular Tigre de Ruzafa, nombre con que era conocido el bravo torero por sus paisanos.

—¿Es cierto que su hermano Manolo piensa regresar la próxima temporada?

—Así es, en efecto. Hace unos días recibí una carta, en la que me comunica que a últimos de marzo ó primeros de abril llegará a España. También me dice que la temporada de 1947 será la última de su vida taurina, y que quiere despedirse del público toreando en las principales Plazas españolas.

—¿En dónde se encuentra actualmente su hermano?

—La carta en que me informa de sus propósitos está fechada en Mendoza (Argentina), en donde Manolo ha actuado en cinco o seis corridas. La primera de ellas tuvo lugar el pasado 6 de octubre, patrocinada por el Círculo de Periodistas, y en la

misma tomó parte también el matador de toros Cayetano Palomino. De esta corrida mi hermano me ha mandado un cartel y una de las reseñas publicada en uno de los periódicos de allí. Luego pasará a torear en Santiago de Chile.

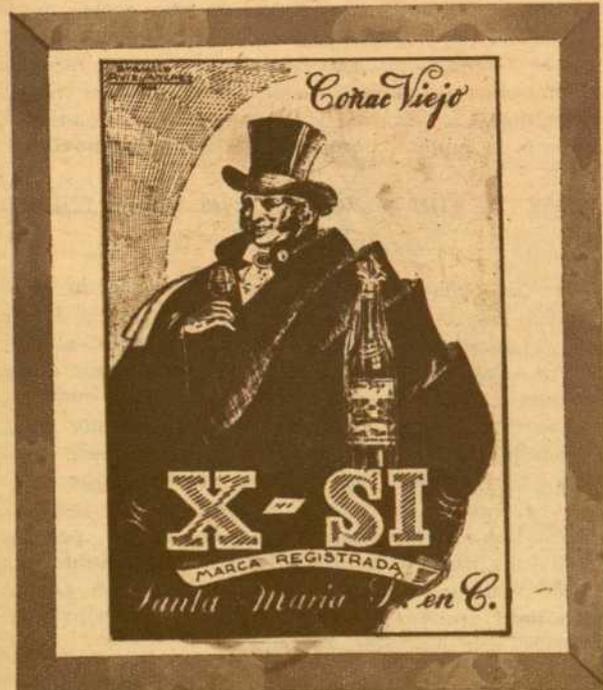
—¿Cuál ha sido la actividad taurina de su hermano desde que marchó de España?

—Puede decirse que en los diez años transcurridos, Manolo se ha dedicado de lleno a los asuntos taurinos. Una vez, actuando como matador, y en otras ocasiones como empresario, a pesar de que en este último aspecto ha tenido que luchar mucho para vencer las dificultades con que allí se tropieza para organizar corridas de toros. En el año 1936 llegó a Lima contratado para tomar parte en la llamada temporada grande. En estas corridas alcanzó grandes éxitos, que le valieron para actuar más tarde en Colombia y Venezuela. Luego pasó al Uruguay, y en Montevideo, que no se celebraban corridas desde el año 1888, hizo renacer la afición de tal forma, que llegó a torear en la misma Plaza quince corridas seguidas, con gran éxito artístico y económico. Después toreó y fué Empresa en las Plazas argentinas de Córdoba, San Juan, Bahía Blanca y Rosario de Santa Fe. En Buenos Aires, cuando ya lo tenía todo preparado para celebrar corridas de toros, se lo impidió la Sociedad Protectora de Animales.

Esto ha sido todo cuanto nos han contado de las andanzas de Manolo Martínez por tierras americanas. Ahora, por nuestra parte —como el torero valenciano vuelve a ocupar un plano de actualidad—, diremos a los lectores de EL RUEDO algo relativo a Manolo Martínez y a su actuación por los ruedos españoles, cuando por la puerta de los chiqueos salían toros con edad y peso, con el fin de que los nuevos aficionados conozcan algo de este torero pundonoroso, que se arrimaba a los toros, sin trampa ni cartón.

Nació Manolo Martínez en el valencianísimo barrio de Ruzafa. En Madrid fué donde por primera vez toreó con picadores. Sus éxitos como novillero fueron grandes, por lo que decidió tomar la alternativa en la capital de España. El acontecimiento tuvo lugar el día 21 de septiembre del año 1924, cediéndole Valencia II un toro de Guadalest, en presencia de Facultades.

En Valencia, desde su alternativa hasta el año 1936, fué el torero que más orejas cortó y más veces salió de la Plaza en hombros. En cierta ocasión fué tal su triunfo, que los entusiastas se lo llevaron en hombros hasta dentro de la iglesia de San Va-



TOROS en la CANCHA de PACIFICO

DOMINGO



6 de Octubre a las 17.30 Horas

Grandioso Festival Taurino

Auspiciado por el Círculo de Periodistas

Con permiso de las Autoridades se lidiarán

6 - Hermosos Toros - 6

Por los Afamados Diestros con alternativa en Madrid

Manolo Martínez y Cayetano Palomino

con su correspondiente Cuadrilla de Banderilleros.



MANOLO MARTINEZ

El Toro mocho

AL FINAL de la lidia de los toros HABRÁ un toro mocho para el Público, con un premio para el que lo agorre.



CAYETANO PALOMINO

BANDERILLEROS
JESUS MENDO RICARDO ARTIGAS
FRANCISCO FERREYRA JEREZANO

PRECIOS LOCALIDADES:

Fuero con 4 entradas \$ 21.- Tendido Sombra \$ 3.-
Sillas de Preferencia \$ 4.- Tendido Sol \$ 2.-

PARECE CUENTO...

El torero GITANO y su "CLAQUE"

"Mirate en este espejo!"

Un gitano, evitando parecidos, paseando, seguido de su gente, por el puente de Triana, y vestido de torero en la Plaza, frente al toro

SALGA "usté", comadrel
—¿Qué pasa?
—¡Salga "usté" enseguidita, que va "usté" a "ve" una cosa "mu" grandel!

—Ahora "mesmito" salgo, comadrel.
Y la vieja se asomó a la puerta de su chiscón. Tenía ojos de perdiz, moño de boñiga y una cara arrugada y con más churretes y lamparones que la blusa de un pintor de puertas.

Preguntó:

—Bueno: ¿qué es lo que hay que "ve"?

—¡Algo grande, comadrel!

—¿Sí?

—Sí; mire "usté" "p'ayá".

Y señaló con un dedo, como un tizón, el fondo de la calle.

—¡"Osú"! ¿El hijo de Rosendo?

—El "mesmito". ¡Y que se llame así el padre de ese fenómeno!...

—Eso no "tié" "ná" de particular. También se llamaba doña Urraca una reina.

—Bueno, vamos a "dejá" eso, comadrel. Lo cierto es que Triana tiene ya otro torero gitano, y que Felipe, el hijo de Rosendo, está formando más ruido que una tormenta de verano.

—¡Me han dicho que ha "comprao" ya un "corchón" de "mueye"!

Y mientras hablan las viejas, sale a la puerta de una taberna un gitano con cara de cadena perpetua, y se asoma otro "hijo de Faraón", cuyas manos no están tranquilas hasta que no se meten en el bolsillo ajeno; y sale también una hembra postinera, con más abalorios que escaparate de anticuario; y saltan en la calle cuatro chiquillos, con caras de hollín, hijos de un chalán que se dedica al "mercado negro"... Y se asoma al balcón una graciosa chiquilla, y palmorea en la acera un grullo con cara de tonto de pueblo, y...

—¿Qué pasa en la calle?

—La cosa está clara, amigo; se ve que usted no es de Triana.

—No, señor.

—Pues lo que pasa es un torero gitano, que va rodeado por la taifa faraónica. ¡Mire usted qué ceremoniosos van! ¡Y qué orgullosos!

Ahora se adelanta uno y quita una piedra que hay en la calle para que el "ídolo" no se



"entropiese". Si hay un boquete en el adorno, uno de los gitanos avisa al diestro:

—¡"Selipe", ten "cuidao" con ese "esabrorio" hoyol!

De pronto, un chava, con más remiendos en su ropa que el refajo de Frasquita, se planta frente al torero, abre los brazos y le dice, compungido:

—¡Qué grande eres, "Selipe"! ¡Y que te "jiera" a ti un toro!... ¡Si te sale un bicho "traisionero", no te "arrime"! ¡A los "criminal", puñalá y paso "atrás"!

Los gitanos que acompañan al diestro retiran al muchacho, que llora a lágrima viva.

Todos van pendientes de lo que habla el "fenómeno". De pronto, el diestro dice una palabrilla. La frase va de uno a otro: "estructura". Un viejo cañí, que no se ha enterado, pregunta con irritación:

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Yo no he "sío", "señó Rafaé"; por mi "salú". Ha "sío" el maestro.

—¡Ah, ya!...

Triana, el "barrio de la arcayata", es todo ojos cuando pasa el héroe que dejó el martillo y la bigornia, o la tijera de la "toilette" asnal, por la capita de almagre y el estoque de "mataor".

Y los viejos y los jóvenes gitanos, que hacen una joya del pencho más resabiado, participan de la gloria del "astro".

Si el torero "cañí" ha tenido una mala tarde y ha huído del toro como de un peligroso acreedor y ha estado lo "que se dise fatá", los amigos del diestro se meten en sus cobijos, con la cara por los suelos, arrancando

con sus suspiros el caliche de la pared, y si se llevan a la boca un cacho de pan, se tragan el "bocao más amargo de su vía"; pero si el ídolo ha "tenfo una tardesita güena", y ha estado bravo y temerario, y se ha arrimado a la fiera, tentándola el belfo como si "acarisiara a una gachí", los gitanos lloran y se retuercen de alegría, y toda Triana es un terremoto.

Estos barbianses, que se pegan como lapas al "fenómeno", constituyen la "claque" del torero gitano, y son los encargados de las apoteosis, y los que animan al héroe en sus momentos de decaimiento y cobardía.

Cuando el diestro sufre un ataque de miedo, y la Plaza hierve en improperios y gritos, y la muleta es en las manos del diestro sucia aljofifa, los gitanos —en la grada o en la barrera— dicen al torero palabras optimistas y alentadoras. Sólo cuando ven la catástrofe irremediable, y que su ídolo se hunde sin remedio, es cuando le lanzan al diestro "cañí" frases feas o llenas de bilis.

Una tarde... Al torero gitano le parecían los toros monstruos de pesadilla. El diestro había matado su primer toro pinchando aquí y allá, y volviendo la cara, como si lo llamaran constantemente del tendido, y era que no quería ver los puñales de la fiera.

El escándalo no cabía en la Plaza.

Tocó el clarín la muerte del segundo astado. Los gitanos notaron en la cara del diestro "cañí" que éste no quería ver al toro. Se miraron unos a otros, apenados. Se "mascaba la agresión" en los tendidos.

¿Cómo animar al muchacho? Ya habían agotado su repertorio de buenas palabras. Sólo podía salvarlos de la ruina un milagro.

El diestro "cañí" cogió la espada y la envolvió con desgana en la muleta, como si fuera un específico. En el instante en que el joven matador se iba a ir al toro, un gitano de tipo patibulario le chistó. Y cuando el torero volvió la cara, el gitano le enseñó las palmas de sus manos, llenas de durísimos y brillantes callos. Y, guiñándole un ojo al maestro, le dijo:

—¡"Selipe": Mirate en este espejo!

Aquel "espejo" era el volver de nuevo a la miseria, al trabajo en la fragua, al anónimo, a los días negros, sin pan...

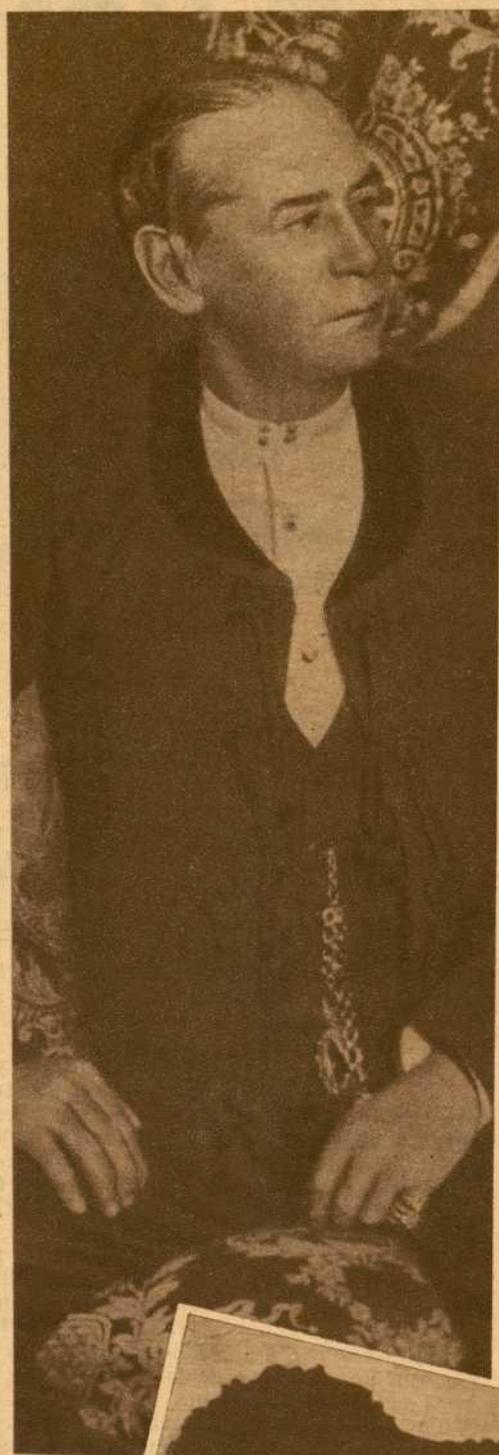
Y ahora la cobardía del diestro se trocó en valentía. Las manos llenas de callos de su hermano de raza eran como un negro telón que le cubría los ojos. Había que elegir entre dos peligros. El muchacho se fué con resolución al bicho y le dió una estocada hasta la cruz. Y las bocas de los aficionados, preparadas para el insulto, lanzaron cataratas de voces de entusiasmo y de triunfo.

Y el gitano de la piel encallecida se vanagloriaba de su acto, en la taberna, y decía a los gitanos de la "claque", enseñándoles sus pulpejos de pedernal:

—Estas manos son las que han hecho "roar" al toro sin puntilla.



TAMBIEN EN NOVIEMBRE SE HAN CELEBRADO CORRIDAS FAMOSAS



Salvador Sánchez Frascuelo

Y LA MAS CÉLEBRE DE ELLAS ES LA QUE, HACE CINCUENTA AÑOS, CONTRIBUYÓ A UNA SUSCRIPCIÓN PATRIÓTICA

En esa función fueron aplaudidos juntos por última vez LAGARTIJO y FRASCUELO, que asesoraron en la presidencia al gobernador de Madrid

F R I O el otoño y cortas sus tardes, noviembre cambia la bizarría de los trajes de caireles por la fanfarronería de las trusas de Don Juan. Se cierran las Plazas de toros y se iluminan los escenarios. Y en las largas veladas de la casa y de la anécdota distante, del revisar viejas láminas y del releer antiguos periódicos, surgen estas preguntas, un poco curiosas, de lo que puede contarnos la letra impresa de otro tiempo.

¿Nunca hubo en noviembre corridas de toros que cobrasen gracia de grandes efemérides?

Y ese viejo papeleo, que es grata distracción en las veladas caseras, contesta que sí hubo festejos taurinos famosos en el pálido mes de noviembre. Pero que más tuvieron su acción en las cálidas Plazas de Sevilla y de Valencia que en el gran coso de Madrid. Sólo que en Madrid, el 13 de noviembre de 1896, hubo una corrida tan importante y extraordinaria, que es una de las más célebres en la historia de la Plaza madrileña. Una corrida otoñal, con categoría y garbo primaverales.

— LAS INICIATIVAS DE «EL IMPARCIAL»

Eran días de inquietud nacional. Ardía la guerra de Cuba en leños terribles para nuestros soldados, que

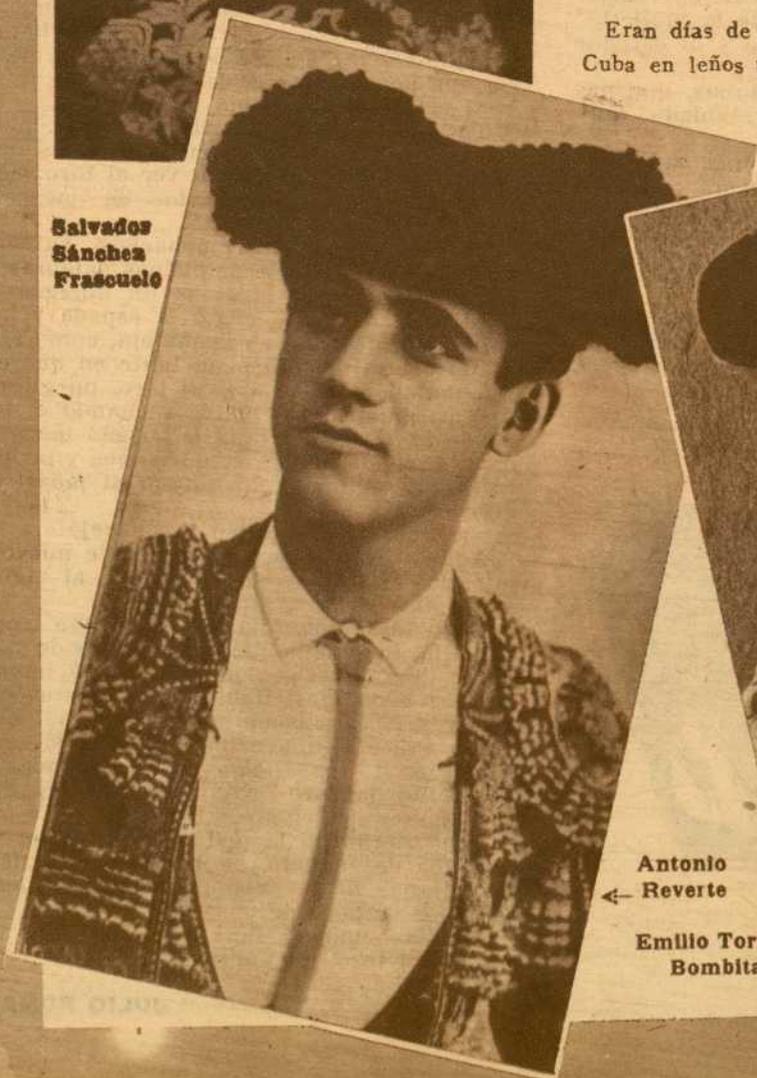


Rafael Guerra, Guerrita

oponían a lo cruento de ese fuego su rugiente patriotismo. Mas la suerte no les era propicia. Millares de esos patriotas tornaban a España enfermos, caquéticos y con sus uniformes de rayadillo jironados. La marcha —tan famosa— de la zarzuela de «Cádiz» los recibía en los muelles, con su aguerrimiento marcial en las trompetas y en los redoblates de las músicas regimentales. Y los repatriados, en quienes los reveses de la guerra no habían abatedo su espíritu vibrante de amor a la Patria, entraban con vivas a España en sus labios abrasados por la fiebre.

Era preciso asistir sin cicatería a esos patriotas. Y para ello se inició una suscripción nacional, que pronto alcanzó generosas y amplias contribuciones. «El Imparcial», diario que tenía entonces un prestigio cimero, y a cuyo frente estaba un periodista eminente, don José Ortega Munilla, quiso aportar a esa suscripción un donativo de gran volumen.

Era esta voluntad idéntica a la que había llevado al popular periódico madrileño a convocar un concurso, por iniciativa de Mariano de Cavia, para que la marcha zarzuelera, que había ganado categoría de himno, tuviera verso adecuado y fácil a la popularidad. Por cierto, que el certamen —del que fueron jurados escritores y músicos relevantes— quedó declara-



Antonio Reverte

Emilio Torres, Bombita



do desierto. No por falta de concursantes, pues acudieron centenares de ellos, sino porque ninguno de los trabajos presentados recogía con exactitud el espíritu del ceramen. Y las mil pesetas que «El Imparcial» destinaba al premio las envió a Cuba para que se le entregaran a uno de los soldados heridos en la campaña.

Para la suscripción nacional, que había de ser alivio de los repatriados, quiso Ortega Munilla —ya lo he dicho— que hubiera una aportación cuantiosa. Y para conseguirla organizó «El Imparcial» una corrida de toros que fuera como en el auge de la temporada.

LA GENEROSA Y PATRIOTICA ACTITUD DE LOS TOREROS

Una corrida extraordinaria en el mes de noviembre, en día 13 y con una temperatura muy fría, no era un aliciente para los toreros. Los toreros descansaban ya del ajetreo de la primavera y del verano. Tónico de hogar para sus cuerpos, fatigados por la pelea de los ruedos y la cansera en los viajes. ¿Torear en noviembre? ¿A quién se le había ocurrido llamar a los toreros y decirles que sacaran de los armarios los trajes de luces, recién recogidos?

La iniciativa era de un periodista. Y en aquel tiempo, un periodista que dirigía uno de los más importantes diarios de Madrid podía organizar una corrida de toros con los diestros que eligiera, y seguro de que ninguno de ellos iba a buscar pretextos para eludir el compromiso. Aunque la corrida fuera en noviembre, en día 13 y con un tiempo ya invernal.

Pero, además de la autoridad que el director de «El Imparcial» tenía para convocar a los toreros y pedirles que actuaran en esa función, la patriótica finalidad de ésta afirmaba las seguridades de que no habría matador de toros que rehuyera la intervención gratuita en esa corrida.

Y así ocurrió. Todos los espadas a quienes Ortega Munilla preguntó si estaban dispuestos a torear la corrida de Benjumea adquirida para esta función respondieron que sí. Y todos anunciaron, con generosa espontaneidad, que renunciaban totalmente a retribuciones y emolumentos, por tratarse de una fiesta que iba a aliviar la situación de quienes venían de defender a España en la manigua.

Guerrita, Reverte y Bombita fueron los toreros seleccionados entre los tantos que se ofrecieron para tomar parte en la llamada corrida de «El Imparcial». Un cartel de gran empaque, y que dió a la corrida tono, interés, expectación y jerarquía de acontecimiento taurino. Y para mayor aliciente del festejo, fueron designados asesores presidenciales Lagartijo y Frascuelo. Fué la última vez que estos dos colosos del toreo oyeron juntos las palmas de la multitud. El público los recibió con una ovación entusiasta. Frascuelo hacía mucho tiempo que no venía a Madrid; desde que se retiró de la profesión residía en su casa de Torrelodones, de la que no salía más que para ir al monte, por cazar o para andar de paseo —ya no iba con la chaquetilla de terciopelo, sino que vestía un chaquetón campero—, llevando de la mano a sus nietecitos; era, en el pueblo, don Salvador; don Salvador, con los cabellos blancos y la faz tallada de arrugas...

Salieron, pues, de sus casas ese día don Salvador y don Rafael. Salieron para asesorar al conde de Peña Ramiro, gobernador civil de Madrid, en la presidencia de la corrida de «El Imparcial».

El resultado de la función, en lo artístico, fué brillantísimo, a pesar de la mansedumbre del ganado. Y en lo económico, dejó un beneficio de cerca de cien mil pesetas, cantidad exuberante entonces en una liquidación de corrida de toros.

LA MUERTE, UNA TARDE DE TOROS

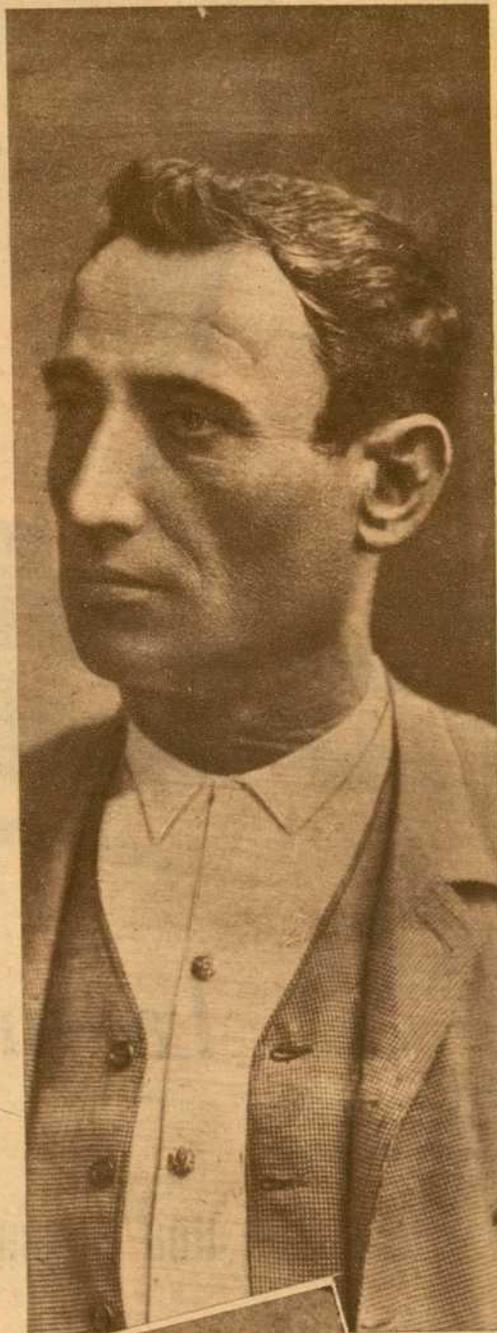
La tarde de noviembre, que estuvo para los aficionados madrileños como perfumada de fragancias primaverales, tuvo también el patetismo de los crisantemos sobre el cadáver de un gran escritor taurino.

Aquella misma tarde, poco antes de comenzar la corrida, murió don Antonio Peña y Goñi. Había sido un frascuelista exaltado. Pero sin que su apasionamiento enflaqueciera el prestigio de su pluma, que siempre se mantuvo robustamente por la maestría del estilo y lo documentad del fondo. Se ha dicho de él que fué «el escritor taurino de más talla de aquella centuria».

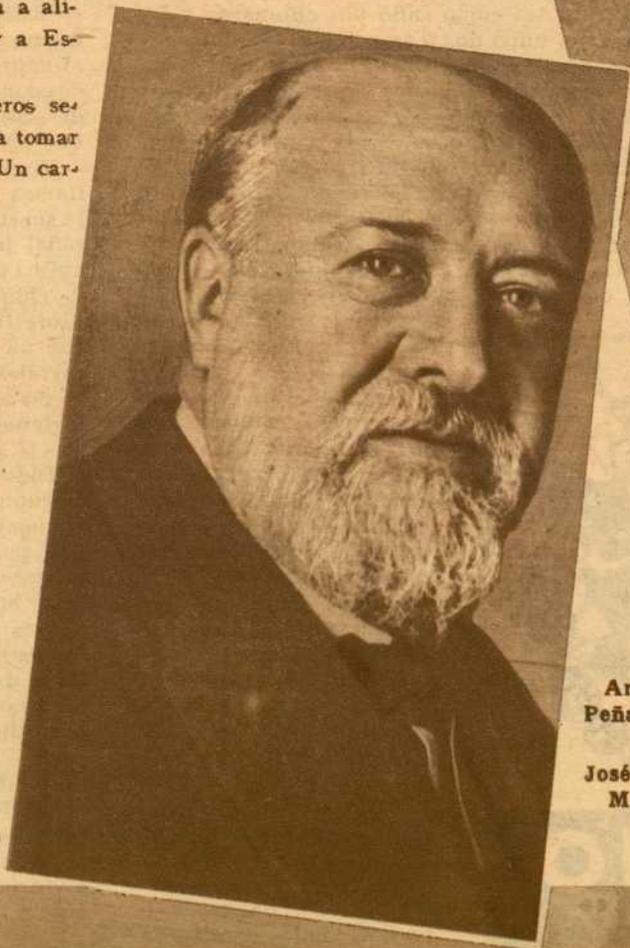
Para Frascuelo fué además un amigo lealísimo y un admirador fervoroso.

Y aquella tarde de la corrida de «El Imparcial», terminada la fiesta, cuando ya los faroles del alumbrado público pautaban las calles de Madrid, Salvador Sánchez fué a ver a Peña y Goñi. En el fondo de una berlina charolada, Frascuelo, por la calle de Alcalá, ignorado de las gentes —porque ya no le daba de lleno en la cara la luz de la Plaza—, acudió a la casa del escritor. En ella, toreros, aficionados y periodistas, demudados por la noticia del fallecimiento. Y en una estancia con negras colgaduras, Peña y Goñi, cara de cirial, entre luces amarillas; y a los pies, unos crisantemos que la muerte había bordado en el capote de paseo de una tarde de toros de la otoñada.

FERNANDO CASTAN PALOMAR



Rafael Molina, Lagartijo



Antonio Peña y Goñi

José Ortega Munilla



La vuelta al ruedo de los toros bravos

Una fórmula que pudiera ser útil en lo sucesivo

YA han enmudecido los clarines y se han enfundado los timbales en su ropa de invierno. La Plaza de toros Monumental aguarda, con la fría indiferencia de su estilo mudéjar, a que otra vez, allá para cuando los brotes de los árboles barrunten la primavera, se acerque a ella ese enjambre de aficionados que pueblan la colmena taurina, y que, con su criterio dispar, sus pasiones y partidismos, hace muchas veces barullo de la lógica y escarnio de la más pura razón.

Sin embargo, el público, a pesar de esa mixtura de juicios y de opiniones, no suele equivocarse siempre; pero en todo caso, aun incurriendo en error, porque paga, tiene detecho a que sus requerimientos sean atendidos. Ese público está al margen de la tramoya taurina, que no se asienta sólo en las conversaciones de café, donde una empresa va a buscar al apoderado del diestro con el propósito de cerrar condiciones, sino que llega hasta el más hondo entresijo de la fiesta: desde el matador altivo y de renombre al último mozo de plaza.

Vine a cuento esta ligera digresión por hechos

ocurridos en la Plaza madrileña durante la última temporada, que pudiera llamarse justificadamente la temporada de los cabestros. Pero entre tanto toro manso como salió por chiqueros y hemos padecido, hubo dos o tres que acusaron casta, temperamento y noble bravura. Ante esos casos, «rara avis», quizá porque los espectadores habían olvidado ya lo que debe ser un toro de lidia, después de morir la res, o las reses, a manos del espada tal o cual, pidieron con frenética insistencia que se les diera la vuelta al ruedo. Pero, ¡sí, sí! Los mulilleros que servían el arrastre hicieron oídos de mercader, y tras de trazar, a trallazo limpio, con las mulillas la consabida semicircunferencia, el toro llegó al desolladero sin conseguir ese honor que supone la vuelta al ruedo

y que el público, con perfecto derecho, exigía a gritos. ¿Por qué? —pregunto yo—. ¿Quiénes son los mulilleros para desatender, por propia decisión, lo que el público, soberano de todos los espectáculos, pide? Pues porque el Reglamento de toros, que sepamos, no preceptúa nada sobre este aspecto de la fiesta.

Y ahí va la sugerencia para que la recoja quien tenga atribuciones suficientes para llevarla a la práctica. En las corridas de toros, el presidente, como autoridad suprema de la fiesta, asesorado por técnicos que, por su capacidad profesional, conocen los más nimios detalles de

la lidia, está facultado para cambiar las suertes, devolver un toro al corral, por su manifiesta inutilidad física, o condenar a la bestia a ese castigo infamante —más teórico que eficaz, pero baldón de la divisa— que es el foguero. El presidente, además, tiene la facultad de avisar al torero cuando su labor en el último tercio pasa del tiempo reglamentario.

Pues bien: si todo está supeditado, en las corridas de toros, a un orden y a una norma, ¿qué razón existe para que a esa norma y ese orden no se someta también la vuelta al ruedo de un toro bravo, cuando el público lo solicita? Todo, menos el capricho de unos cuantos subalternos que, en ocasiones, a la más ligera iniciativa de un grupo de espectadores, dan la vuelta al ruedo a un toro que no ha merecido tal galardón.

El presidente, primera autoridad de la fiesta, flamea un pañuelo blanco, y en la lidia se pasa de la suerte de varas a la de banderillas; con idéntica señal inicia el matador la faena de muleta; los avisos tienen el mismo signo. Si un toro, a la salida de chiqueros, adolece de algún defecto y el público protesta justificadamente, el presidente determina con un pañuelo verde que el animal vuelva a los corrales; y en otro caso, si la mansedumbre del bicho lo aconseja, porque rehusó tomar las varas reglamentarias, la señal con el pañuelo rojo decide que le sean puestas al manso banderillas de fuego.

Todo reglamentado y cumplido, en cada caso, escrupulosamente. ¿No pudiera innovarse el Reglamento taurino con una nueva cláusula que dijera, poco más o menos, lo que a continuación sugerimos: «Artículo X: Cuando un toro, durante la lidia, haya hecho pelea extraordinaria en todos los tercios y acuse cualidades de bravura, nobleza y fuerza excepcionales, a petición del público y criterio del presidente, éste, a una señal —flameo otra vez del pañuelo blanco, o del color que se elija, para diferenciarlo de la concesión de oreja al torero—, ordenará a los mulilleros que den a la res la vuelta al ruedo. Y para el cumplimiento de dicha orden, los encargados del arrastre estarán atentos a las indicaciones de la presidencia?»

Así, incluyendo en el Reglamento este caso, se evitarían abusos y se cortarían arbitrariedades.

MIGUEL RODENAS



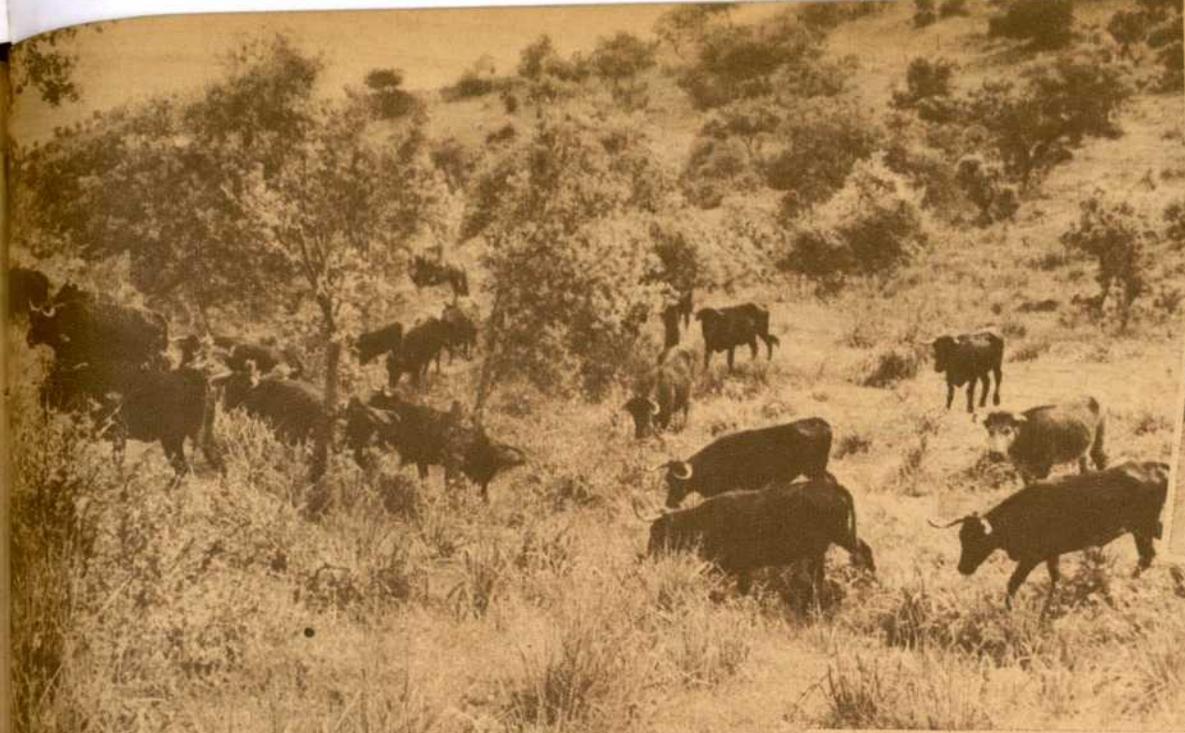
XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO

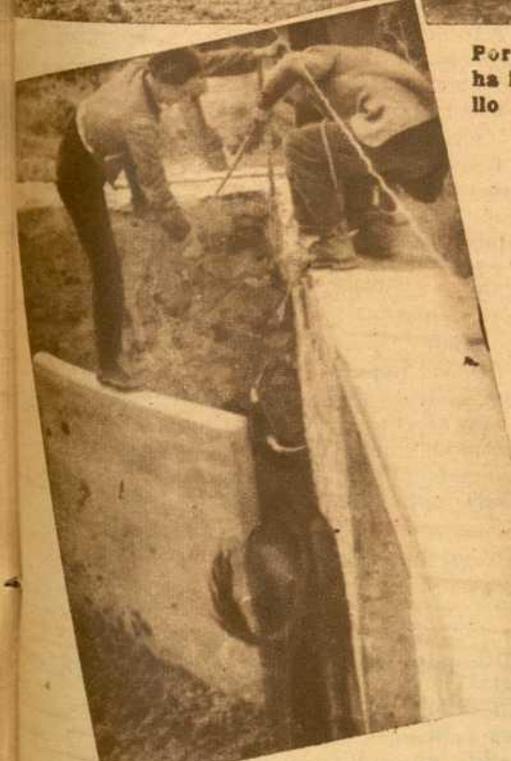
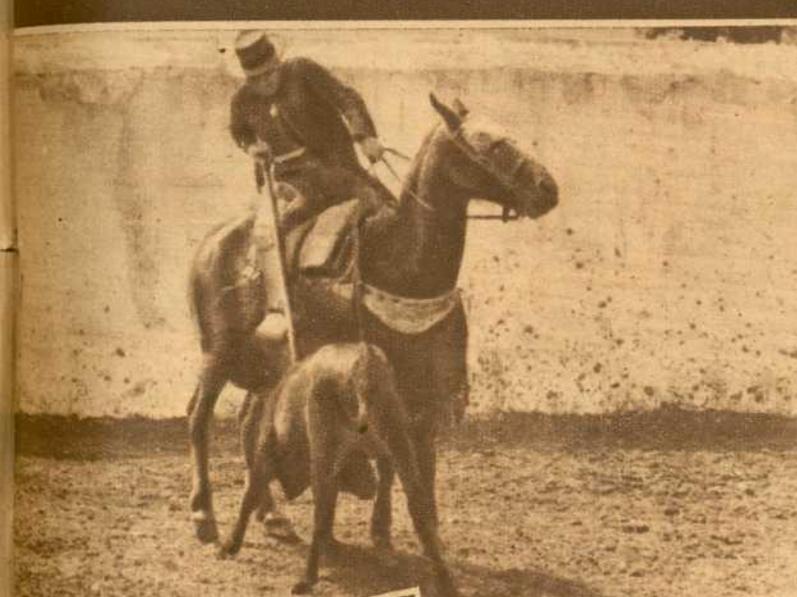
JEREZ



Ya en los corrales, hay que verificar lentas operaciones para apartar a las vacas

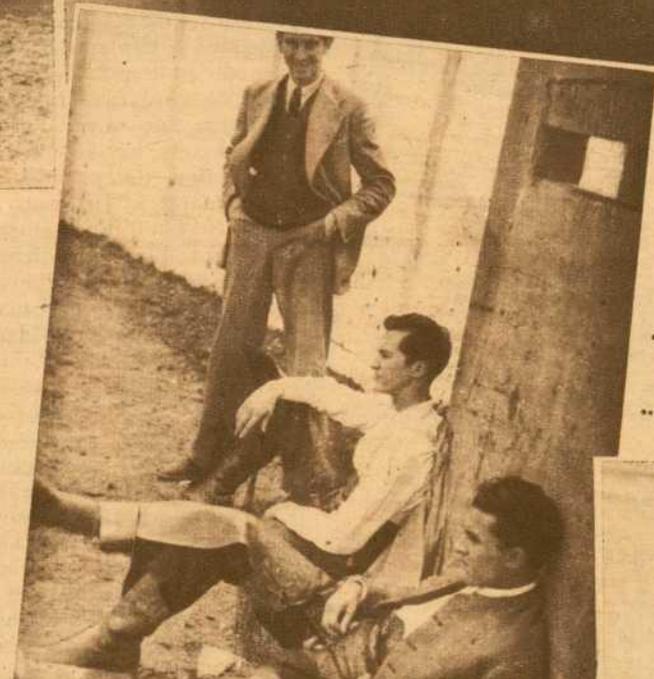
Esta vez las faenas de tiesta se hacen en la finca «Las toreras», en la provincia de Jaén, propiedad de doña Francisca Marín, viuda de Bueno. El ganado es conducido camino del cerrado

EL TORO EN EL CAMPO



Por lo pronto, esta vaca ha ido codiciosa al caballo y se cree al castigo

Un pequeño accidente. Una de las vacas ha metido la cabeza en el buradero y hay que emplear cuerdas y habilidad para sacarla de posición tan incómoda



Los becerros se apían en espera del momento de ser herrados. ¿Cuántos saldrán bravos? ¿A cuántos les dejarán los picadores enhebrada la puya? ¿A cuántos fogearán?

Pepe y Luis Miguel Dominguín, que han dirigido las operaciones de la tiesta, descansan y contemplan la decisión...

...de un muchacho, Julito Aparicio, que también quiere ser torero (Fotos Mari)



Todo bajo la mirada vigilante de la ganadera propietaria y del ganadero sevillano don Joaquín Buendía



LA GIRALDA Y GALLITO

Los dos pasodobles más famosos fueron escritos por los maestros Juarranz y Lope, adquiriendo carácter inmortal

UNA de las cosas más pintorescas en las corridas de toros es indudablemente la intervención de la banda de música.

Un espectáculo taurino sin su actuación sería insoportable.

Si no existe ninguna disposición prohibitiva, ¿por qué razón, en Madrid, no se amenizan —cuando el caso lo requiera— las grandes faenas de muleta y el llamado tercio de banderillas, si en él los maestros hacen alarde de arte y de valor entusiasmando a los espectadores?

En todos los peniques de España, en todos menos en el madrileño, la banda de música no permanece inactiva durante los momentos más sublimes de la brava fiesta.

¿Que es tradicional en la primera Plaza de nuestra Península que los músicos no lancen al espacio las notas de sus respectivos instrumentos nada más que en desfile de las cuadrillas y cuando las enjazzadas mulas se dirigen al desolladero arrastrando a los cornúpetas después de ser estoqueados?

Tampoco era costumbre en nuestro caso el corte de apéndices bovinos, y desde que Vicente Pastor el 1 de octubre de 1910 desorejó al toraco Carbonero, de Concha y Sierra, hasta la época presente, con el beneplácito y el entusiasmo del público se han venido cortando por centenares.

No me vengan los aguafiestas pertenecientes a tiempos pretéritos hablando del prestigio y de la seriedad de nuestro taurómaco circo.

El tipo del aficionado grave y triston, que acudía a él con una exagerada actitud mientras presenciaba el trabajo de los lidiadores, ha pasado, afortunadamente, a la historia.

La música enardece

al torero en sus momentos triunfales, anima al apocado y contribuye a que la emoción del espectador sea más intensa.

Perdido en las corridas el buen gusto de que las mujeres acudan a aquéllas luciendo el pañolón de Manila o tocadas con la clásica mantilla, intensifíquese en ellas la intervención musical.

¡Música, luz y alegría!

Esta es nuestra fiesta española, que, como ya se ha dicho en muchas ocasiones, viene de prole en prole.

¿Hállase acaso falto de repertorio musical toreiro nuestro incomparable espectáculo?

Por centenares se escribieron pasodobles taurinos, y de muchos de ellos son autores compositores tan gloriosos como Barbieri, Chapí, Chueca, Valverde y Caballero.

Prolijo sería enumerar el título y el nombre del autor de todas aquellas piezas musicales.

Y por ello vamos sólo a dedicar unas líneas a los dos que mayor popularidad alcanzaron, uno de ellos estrenado durante el siglo XIX y el otro en el que va corriendo de vertiginosa manera: *La Giralda* y *Gallito*.

Fué autor del primero Eduardo López Juarranz; vieron sus ojos la luz primera en Madrid el año 1844 y desde muy niño demostró por la música una gran vocación.

Dedicado al estudio de ella, el maestro Arrieta le consideró como uno de sus más predilectos discípulos.

Por oposición, el 1876 ganó la plaza de músico mayor del tercer regimiento de Ingenieros, cuya banda, bajo su dirección, obtuvo en España y en el Extranjero grandes éxitos.

Gran aficionado al toreo, llevó su inspiración al pentagrama, escribiendo dos pasodobles, uno titulado *¡Bravo toro!* y otro *Fras cielo*, del que era gran admirador.

Pero el principal, el más alegre, el más español, y por ello el de más gusto para el pueblo, fué el titulado *La Giralda*, estrenado en la cuna del toreo, haciendo un verdadero furor y cuyas notas aún oímos con bastante frecuencia, haciéndonos sentir la nostalgia del pasado.

Encontrándose Juarranz en Sevilla pasando una temporada, el Ayuntamiento de dicha capital le encargó escribiese una marcha retreta, y el maestro, saturado con el ambiente sevillano, concibió la idea de componer dos pasacalles: *La Torre del Oro* y *La Giralda*. Muy pronto se hizo popular esta última página musical, bella e inspirada, recorriendo rápidamente España de un extremo a otro, traspasando las fronteras y escuchándose en todas partes con verdadero regocijo, siendo considerada como la más acabada expresión del carácter y las costumbres de aquellos pretéritos tiempos.

La Giralda fué el pasacalle imprescindible en las Plazas de Toros, y en aquella época de noble competencia entre Lagartijo y Frías.

cuo, la famosa composición se ejecutaba en todas las corridas al hacer el paseo, con sus cuadrillas, tan célebres toreros.

De inolvidable recuerdo para los valencianos es el nombre del maestro Lope, fundador y director de la Banda Municipal de la ciudad de las flores.

Poco aficionado a la brava fiesta, no sentía el maestro el menor deseo de escribir piezas musicales dedicadas a los toreros, y sólo llegó a componer el título de *Agustín Dauder*.

Por el año 1905 la Asociación de la Prensa valenciana atravesaba una grave crisis económica, y los periodistas de la dos veces leal ciudad proyectaron celebrar una corrida con carácter benéfico.

Contratados para tomar parte en ella los novilleros Fernando Gómez, Gallito Chico —hermano de Rafael y Joselito—, Agustín Dauder, Angel González, Angelillo, y Manuel Pérez, Vito, padre éste del actual matador de toros de igual apodo, al veterano escritor, ya retirado de las lides periodísticas, don Aurelio Yanguas, Aguafayo, seudónimo que popularizó escribiendo crónicas taurinas, se le ocurrió, para dar mayor realce al espectáculo, intervenir en él la Banda Municipal, y que además su director escribiese un pasodoble para los tres matadores restantes.

El maestro Lope, comprometido por Aguafayo, se puso a trabajar sin descanso, y en breve espacio de tiempo compuso los tres pasodobles, que fueron estrenados el 29 de junio del último citado año, durante los momentos en que Gallito Chico, Angelillo y Vito banderillearon sus respectivos toros.

Pronto los famosos pasodobles, sobre todo el de *Gallito*, adquirieron popularidad.

Con ser todos ellos españoles y distintos en su fondo, el más afortunado fué el último de los citados, pues como himno de la gallinácea familia torera fué acompañando en su trayectoria a tal dinastía coetánea, culminando en Joselito, hasta el extremo de crear muchos aficionados que fué escrito de primera intención para el inolvidable maestro de Gelves.

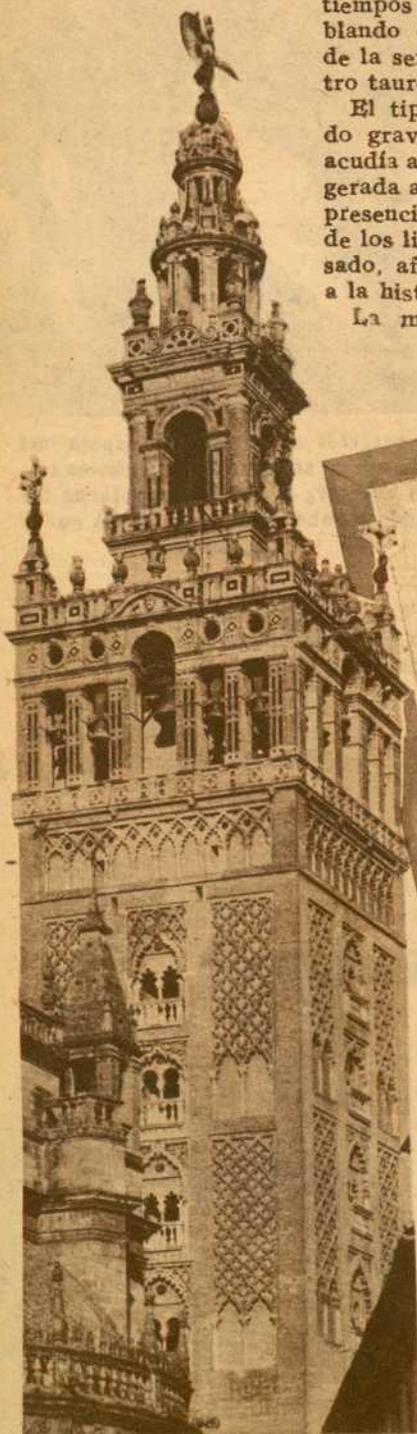
Fallecidos Juarranz y Lope, sus dos producciones, eje del presente reportaje, han adquirido carácter inmortal, pues a pesar de que ambos maestros, particularmente el primero, llevaron al arte musical otras bellísimas, esos dos pasodobles, *La Giralda* y *Gallito*, que con frecuencia oímos, interpretados por bandas, en las Plazas de Toros y en discos, radiados por las emisoras españolas y extranjeras, contribuyen de eficaz manera para que los nombres de tan afamados músicos no sean como los de otros, lamentablemente olvidados.



El maestro López Juarranz cuando era músico mayor del regimiento de Ingenieros (Fots. Santos Yubero)



El maestro Lope con el uniforme de director de la Banda Municipal de Valencia



La primera página del popular pasodoble «La Giralda» (Fot. Santos Yubero)

PACO MADRID, viajero, por pocos días, en la Villa del Oso y el Madroño



Paco Madrid

PACO Madrid abandonó, no hace aún muchos días, sus tierras malagueñas. Y ya se sabe: cuando el famoso ex matador no está en Málaga... sólo puede encontrarse en Madrid. Precisamente en el Madrid de sus amores, como él suele decir cuando el latigazo de la nostalgia le devuelve recuerdos, fechas y triunfos. Es que la historia taurina de Paco Madrid... está escrita en Madrid. Hasta la cogida más grave que sufrió el matador malagueño la sufrió aquí. Con esta cogida, Paco Madrid había jugado con la muerte tres veces. En Huelva, Valencia y en Madrid. No nos importa saber las fechas, y tampoco nos interesa conocer dónde cayó brutalmente herido por primera vez. Si hubiera que precisar fechas, es probable que la tarea no fuese muy fácil, porque Paco Madrid tiene el cuerpo cosido a cornadas. Es bueno no olvidar que el malagueño vivió una etapa durísima en la fiesta; que tuvo que luchar con las mayores figuras de todos los tiempos —Josecito y Belmonte—, y que tuvo que lidiar toros. Pero toros de verdad, de una autenticidad que no ofrece dudas, y de cuyo volumen, poder y fuerza se puede saber bastante estudiando en la maltrecha anatomía de Paco Madrid.

Confieso no haber llegado a los tiempos del diestro malagueño. Todo lo que sé de él lo conozco por referencias. La popularidad de Paco Madrid aun dura, lo que prueba que en Paco Madrid hubo un fenómeno. De él, los aficionados de hoy sabemos muchas cosas. En la historia taurina, Paco Madrid tiene un puesto preferente como estoqueador —estupendo matador— de reses bravas. Decir que Paco Madrid ha sido quizá el mejor y el más clásico matador no es decir nada nuevo ni nada sorprendente.

Ahora —como antes—, cuando se habla de matar, y de matar bien, se recuerda al malagueño, artista insuperable del volapié.

—Sí —me decía al atardecer del miércoles—, mi

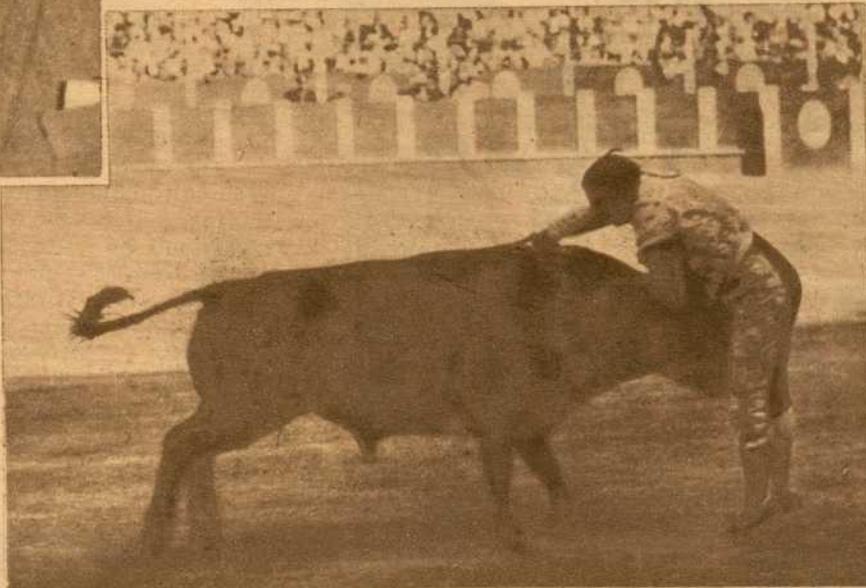
verdadero fuerte estuvo siempre en la espada y en los quites que hacía a los picadores. Puede decirse que mi fama la gané con estas dos suertes.

—Que eran las que más le gustaba practicar.

—En efecto. Yo, desde que empecé, tuve siempre una especial devoción por la espada. Me gustaba matar bien, como también me gustaba intervenir con eficacia en los quites a los picadores, porque entonces los toros derribaban con estrépito y con no pequeño peligro.

—¿Empezó usted muy pronto a torear?

—En 1910 era ya novillero. Dos años más tarde me doctoré en Madrid, recibiendo la alternativa de manos de Rafael, El Gallo, y actuando de testigo Isidoro Martí Flores, que confirmaba la suya a la vez. Los toros fueron de Benjumea. Tenía entonces veintiún años.



Así mataba Paco Madrid, uno de los mejores estoqueadores que tuvo la fiesta

—¿Y se retiró?

—El año 24, en Málaga, toreado con Larita y Saleri II. Al primer toro —erañ de Palha— le corté una oreja, y al segundo, fui cogido.

—¿Cuál fué su temporada de mayores triunfos?

—La del 13 y 14. Entonces llegué a torear 66 corridas, que era una cifra récord, como dicen hoy.

—En su época, ¿el toreo era más clásico que hoy?

—Sin discusión posible; en mis tiempos, el toreo era más clásico. Yo reconozco que entonces no había en las suertes tanto ritmo —ahora se dice ritmo, según he oído—, porque con aquellos toros auténticos sólo cabía torear ajustándose a las normas clásicas y matarlos bien. Ahora todo es más fácil y más cómodo.

—¿Y por qué es más fácil?

—Por una sola razón.

—¿Y esta razón es...?

—Que en la actualidad no hay toros.

—Su toro ideal para este toreo de hoy, ¿cómo ha de ser?

—Con años, cuerna y 300 kilos.

—¿Usted cree que hay toreros para esos toros?

—Yo creo que Manolite, Arruza, Luis Miguel

"El toro chico acabará con la fiesta"

"Ser torero hoy es fácil; pero ser matador en nuestra época era algo más difícil, con aquellos toros, que le quitaban a uno hasta las ilusiones"

y algún otro sí podrían con este tipo de toro.

—¿Usted cree que la fiesta está en decadencia?

—Lo que yo creo que está en decadencia es el toro.

—Estos toreros, llevados a su época, ¿hubieran podido competir con ustedes?

—Me parece que no.

—¿Se mata hoy bien?

—No. Matar, pero matar bien, hoy no lo hace ninguno. Esta suerte está perdida de una manera irremediable. Estos toreros de ahora no tienen ninguna afición a la espada.

—¿Dónde alcanzó su mayor triunfo?

—En Madrid, en Sevilla y en Logroño. En Logroño maté yo solo seis toros. Me dieron 7.000 pesetas, ¡y entonces era la temporada de mis éxitos! Mi triunfo de Sevilla aun se recuerda. Aquella tarde alternaba con El Gallo y con Gallito...

Paco Madrid va desgranando con lentitud sus recuerdos. Son viejos recuerdos que aun no han podido ser olvidados, porque Paco Madrid fué «alguien» en la fiesta, cuando, junto a él, hacían el paseillo José, Juan, Gaona, Vicente Pastor...

Nombres que llenan lo mejor de la historia de los toros. Y en la que Paco Madrid tiene páginas brillantísimas. Cuando nos despedíamos, el famoso torero malagueño me dijo, con cierto aire preocupado:

—Con la fiesta acabarán estos toros chicos...

Paco Madrid estaba cargado de razón.



... nuestro fotógrafo, Zarco, sorprendió hace muy pocos días, en Madrid, al famoso ex matador de toros malagueño

Fotografías olvidadas, o en las astas del toro, sin música de Gaztambide



máquina para que la posteridad pudiera conocer sus rasgos faciales.

Desde los últimos años del reinado de Isabel II a los primeros del de Alfonso XII, pasando por los que corresponden al del monarca saboyano y a la primera República, Laurent retrata en Madrid a cuantos suponen algo en todas las públicas actividades, y no son los toreros quienes menos sienten la inquietud de que dicho fotógrafo obtenga sus imágenes en la cámara oscura.

Una larga colección de ellas podríamos ofrecer al lector, y si hoy nos hemos fijado en las que van reproducidas en esta página, no es por otra cosa sino por la curiosidad que ofrecen las actitudes de esos toreros al colocarse ante la cabeza disecada de un toro para ser retratados, como en una barraca de feria, en el momento de ejecutar algunas suertes, desde las del toreo de capa hasta la de asestar el golpe de puntilla.

¡Qué interesantes debían de parecer entonces tales posturas y qué ingenuas las encontramos hoy!

Ahí tenemos, ofreciendo al toro una verónica —y obsérvese con cuánta delicadeza agarra el capote—, a José Antonio Suárez, matador de toros asturiano, que, más que como tal, se distinguió por sus inquietudes políticas, pues hombre de un "progresismo" agudo, tomó parte activa en las turbulencias que registra la Historia desde la era isabelina hasta la Restauración.

El que también presenta al toro la capa, pero en disposición de dar un lance de frente por detrás, no es otro que Isidro Rico (Culebra), un banderillero que fué suplente en varias cuadrillas y trabajó con asiduidad durante muchos años en la Plaza de Madrid, sobre todo desde 1864 a 1882. Era madrileño, y aunque no ejerció de matador, nadie podía impedirle que

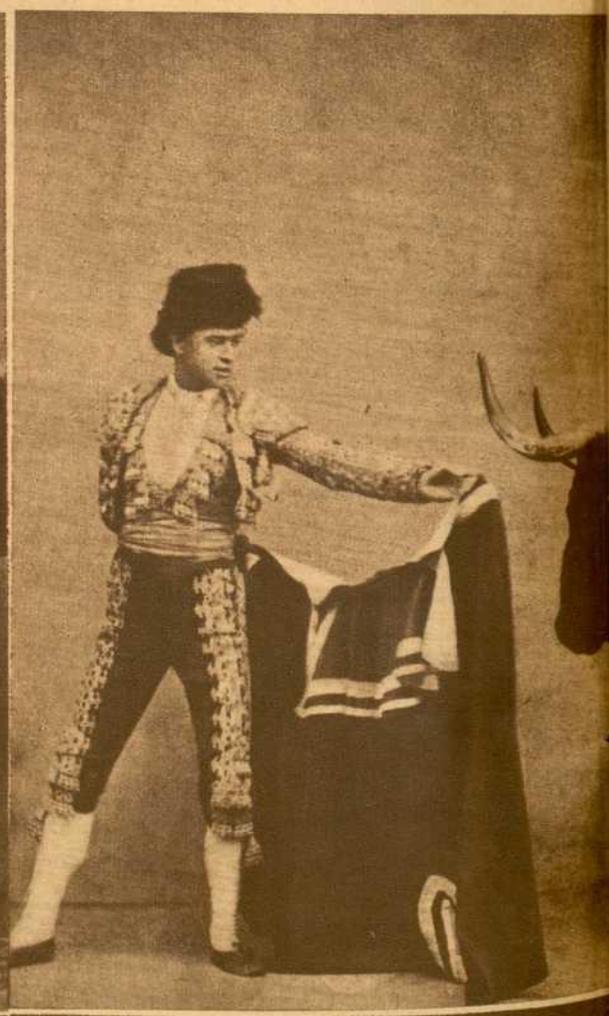
HAY personas y episodios que se desvanecen en la Historia, y transcurridos varios años de la existencia de las primeras y la ocurrencia de los segundos, no hay memoria que los retenga, ni curiosidad que en ellos quiera cebarse; el humo y la penumbra borran todo lo que no tuvo eficacia ni fué trascendental, y de tales individuos y sucesos sólo queda un epígrafe, o, como si dijéramos, la etiqueta de un frasco vacío.

Para los aficionados del tiempo presente, no significan otra cosa estas fotografías que exhumamos del hoyo en que estaban ocultas, y seguramente que algunos de aquellos pensarán, al contemplarlas, que pertenecen a un pretérito fosilizado ya en las capas geológicas del Tiempo, a pesar de no haber transcurrido más de setenta u ochenta años desde que esos toreros se colocaron ante el objetivo de Laurent.

Fué éste un fotógrafo que estuvo establecido en el número 39 de la madrileña Carrera de San Jerónimo, junto a la calle de Nicolás María Rivero (llamada de Cedaceros, a la sazón), y si al fallecer, en 1894, el famoso pintor Federico Madrazo se dijo de él que por su Estudio habían desfilado, para que las retratase, todas las figuras más representativas de la Historia de España en su época, algo parecido puede decirse del mentado fotógrafo, pues no hubo artista, torero o persona de algún relieve social que no se situara ante su



José Antonio Suárez



Isidro Rico (Culebra)



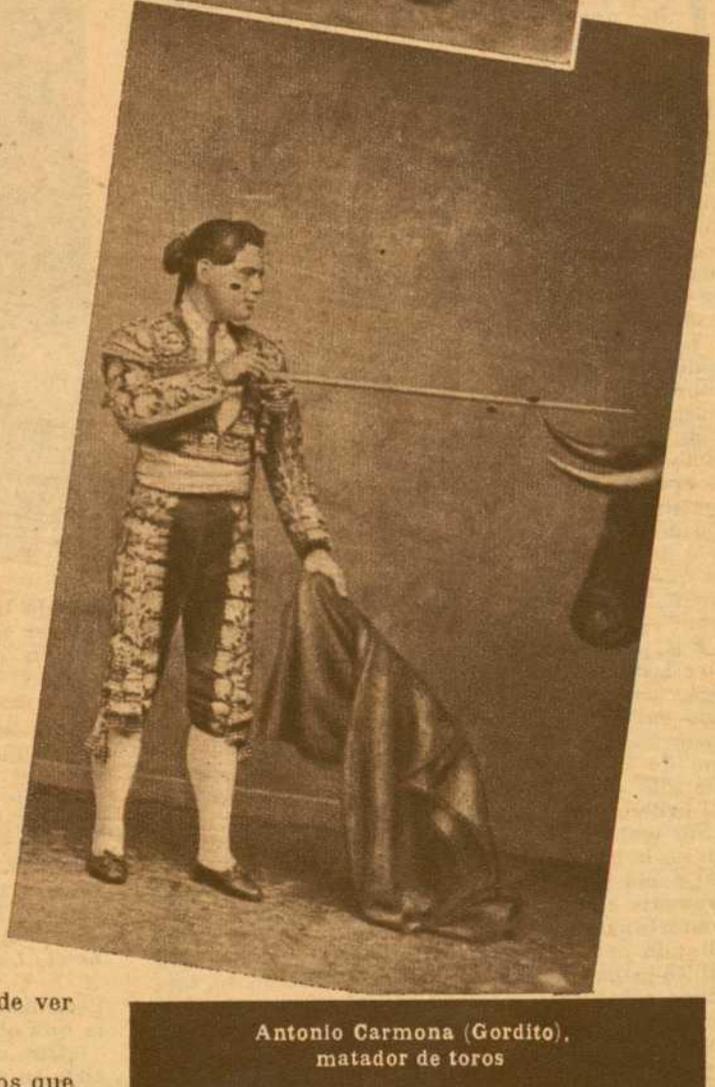
Antonio Velo



Marcelo Ureña



Manuel Bustamante (La Pulga)



Antonio Carmona (Gordito),
matador de toros

en la galería fotográfica presumiera de serlo y ejecutara una suerte que a los matadores está reservada.

Ese banderillero, ataviado con un vestido adornado de guarniciones negras, es Antonio Velo. Hay que ver con cuánta guapeza llega el hombre hasta los pavorosos pitones de la res. ¡Si ésta hubiera embestido!... Antonio Velo, como otros muchos banderilleros de su época, igual servía para un barrido que para un fregado; es decir, lo mismo clavaba rehiletes a las órdenes de un maestro —en su caso, a las de Cúchares—, que manejaba muleta y estoque; y en el hecho de haber alternado a veces con algún matador de toros hay quien se funda para considerarle como tal, pero con manifiesto error, pues casos como éste de Velo se suscitaban antaño frecuentemente.

El otro que se dispone a clavar banderillas es Marcelo Ureña, diestro madrileño, sin cuadrilla fija, como Culebra, pero asiduo actor en las corridas y novilladas que se celebraban en la Plaza de la capital de España durante la época de O'Donnell.

El más notable de los diestros que en estas estampas presentamos es el que se halla dispuesto a entrar a matar. Se trata del famoso Antonio Carmona (el Gordito), espada sevillano, que, precisamente por ser su flaco la suerte suprema, se complacía en retratarse ejecutándola, para que no cupiera duda alguna de que era todo un señor matador de toros. El Gordito se retrató en muchas actitudes ante la cabeza disecada del toro, y hay fotografía en la que aparece citando a banderillas sentado en una silla, después de haber colgado la montera en un pitón de la fosilizada res.

Apellido ilustre llevaba ese individuo que se prepara a clavar la puntilla. Para retratarse de tal guisa, ha sido necesario descolgar la cabeza del toro y dejarla en el suelo; pero Laurent, atento a satisfacer los caprichos de sus clientes, accede a todo, y así puede Manuel Bustamante aparecer en una disposición que permite advertir en seguida la función que desempeñaba en la cuadrilla de Cúchares. Pero nadie le conoció por su apellido, sino por su apodo, La Pulga, popularísimo cuando el general Prim bebía los vientos por fraguar re-

voluciones y a los progresistas no se les cocía el pan hasta verse en el Poder.

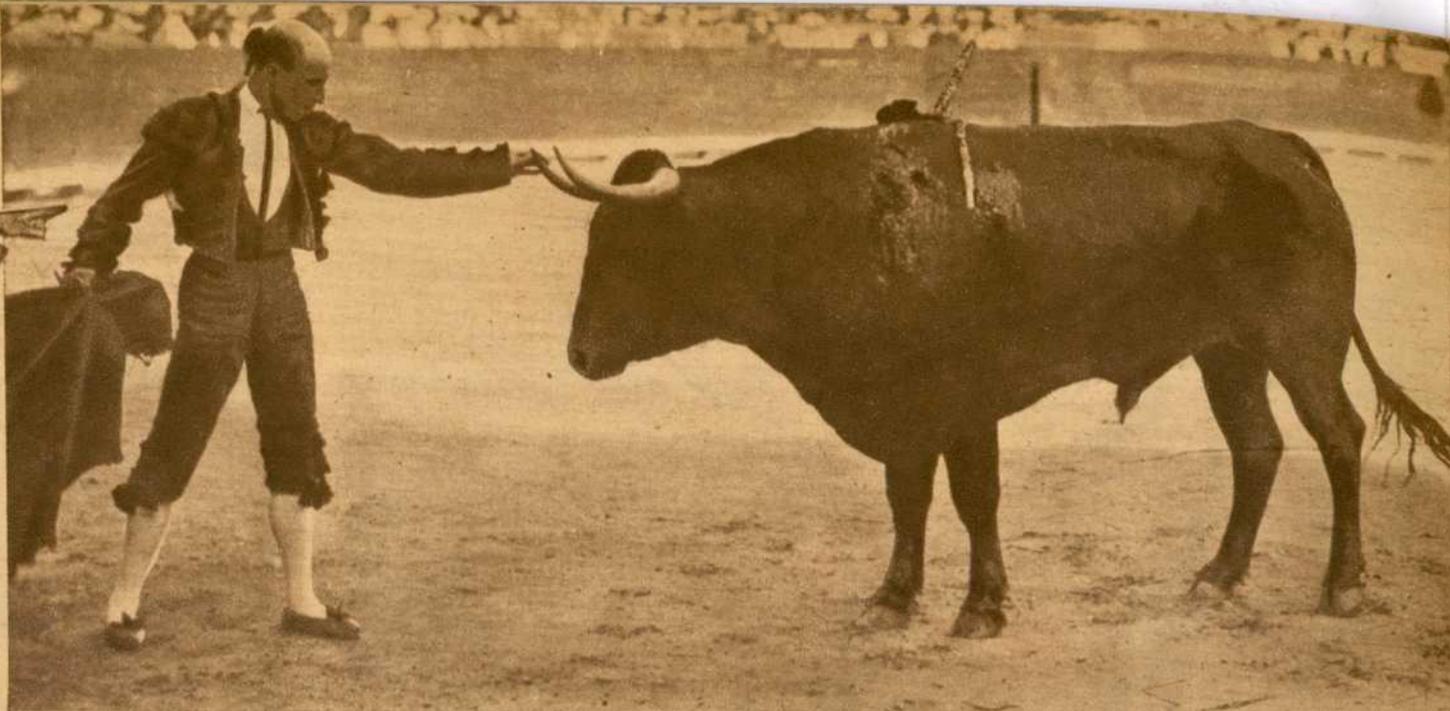
Ofrecemos, finalmente, por la originalidad que encierra, esa composición fotográfica hecha con una pirámide de toreros. Laurent, con los retratos de varios, ideó esa caprichosa torre, que debió de hacer furor al exhibirla en la vitrina del portal de su Estudio, y en ella figuran: los matadores de toros Cúchares, Cayetano Sanz, el Salamanquino, el Tato, el Gordito y José Antonio Suárez; los picadores Bruno Azaña, el Naranjero, Juan Uceta, Antonio Pinto, el Esterero, Castañitas, Miguel Alanís y Lorenzo Sánchez; los banderilleros Domingo Vázquez, Villaviciosa, el Cabo, Culebra, Ureña y el Lillo, este último el de arriba, el que sostiene los rehiletes como si de dos velas se tratara, y, finalmente, el supradicho puntillero La Pulga. Hay un torito en la parte superior, sobre una cruz en aspa, y otro en la inferior, sobre dos espadas, que no son para matar toros, precisamente.

¡Primorosa combinación, en la que Laurent hizo acopio de paciencia benedictina para recortar las siluetas y colocarlas en la forma que puede ver el lector!

¿No resulta delicioso todo esto? Tanto la pirámide toreril como los diestros que están situados ante la cabeza del toro —¡y hay que ver el terreno que pisan!—, revelan una simplicidad candorosa, que entonces, sin duda alguna, debían de considerar toreros y fotógrafos como algo tan "fashionable" o más que los chalecos de fantasía usados por los elegantes de la época.

Aquello era poner en acción el título de la obra de Carlos Frontaura, con música del maestro Gaztambide, "En las astas del toro". Y todo lo demás eran cuentos.

Los nombres de todos aquellos lidiadores hacen evocar episodios que se desvanecieron en el tiempo; ya hemos dicho que solamente quedan las etiquetas de unos frascos vacíos, y, tras haberlas leído una vez más, no podemos hacer otra cosa sino meter nuevamente esos retratos en el hoyo donde han estado ocultos hasta ahora.



ESCRITORES TAURINOS

DON ALEJANDRO PEREZ LUGIN (DON PIO)

Fué el más apasionado de los gallistas, y durante algunos años simultaneó el periodismo con su carrera de abogado

TAREA ingrata la de resumir en el corto espacio de una página cuanto puede escribirse sobre una de las más prestigiosas figuras del periodismo español: don Alejandro Pérez Lugín.

Don Alejandro Pérez Lugín, poseyó en el mundo de las letras una doble personalidad, puesto que si para una parte de sus lectores fué designado siempre por su verdadero nombre, para otra era sólo Don Pío. Don Pío que alcanzó entre los que gustan de las lecturas taurinas, tanta popularidad como Sobaquillo, Don Modesto o El Barquero, magníficos cronistas que al conjuro de sus firmas hicieron duplicar y aun triplicar las tiradas de los diarios donde periódicamente aparecían sus trabajos.

Las críticas taurinas de Don Pío eran, más que leídas, devoradas, no sólo por sus adeptos, que se contaban por millares, sino también por sus detractores; críticas todas ellas saturadas de ingenio y de finísima gracia, que popularizaron su seudónimo en aquella época del toreo moderno en que la opinión hallábase dividida en dos bandos irreconciliables. De un lado estaban los fanáticos del Pasmó de Triana, y del otro los adoradores del torero de Gelves, las dos grandes figuras de la torea que surgieron a un mismo tiempo en las Plazas españolas, y cuya competencia mantúvose pocas temporadas por la inesperada muerte de Joselito.

Fué, pues, Don Pío el más decidido batallador y entusiasta número uno de la dinastía de los Ortega, acarreándole en muchas ocasiones, su exaltado gallismo apóstrofes y denuestos de sus enemigos que partían de los graderíos del coso taurino de la carretera de Aragón, manifestaciones que sólo sirvieron para acrecentar la popularidad del brillante cronista madrileño.

Sin embargo, hombre de recta justicia, a Don Pío no le cegaba tanto la pasión por su ídolo Rafael como para ocultar sus fracasos, y contra él arremetía cuando consideraba que sus actuaciones desafortunadas no tenían disculpa... para decir, saltando por encima de antigüedad y orden, que Gallito estuvo mal, muy mal, rematadamente, tremendamente mal, estoqueando al último toro, y que esta detestable faena de Rafael tiene menos perdón...

«Nada disculpa esta desdichada labor de sablazos dados de cualquier modo a un toro con muchísimo menos respeto que el cornalón entre cuyos pitones le habíamos visto antes; nada lo disculpa...»

Mas cuando su ídolo salía al anillo con ganas de palmas, de satisfacer al público, Don Pío saltaba de gozo y rebosante de satisfacción escribía:

«En el otro bicho, uno de los mayores, la faena de muleta fué estupendamente asombrosa de torera, artística y valiente; así, valiente, porque habrá quien se arrime tanto como Rafael Gómez al séptimo miureño, pero más ni un loco. Entre los pases hubo unos naturales que hacen, uno en redondo y unos molinetes... y unos gallísticos dignos de que resucitase Fidias para esculpirlos en un relieve. Estaba el público que el miércoles se sintió estocadista en su totalidad, distraído y discu-



tiendo las faenas de los otros, y Gallito le hizo volver en sí para que le gritasen ¡ole! y le aplaudiesen varias veces. Todo ¡ide oportunidad en la vida y esta colosal faena no la tuv. Hecha en otro momento nos hubiésemos quedado a vivir una temporada en la Plaza para estar aplaudiendo seis semanas al gran torero.»

Pérez Lugín efectuó sus estudios en la Universidad de Santiago de Compostela, donde se licenció en Derecho, comenzando su carrera periodística en *El Pensamiento Galaico*, de aquella ciudad, que pasados los años otorgó el título de hijo adoptivo, y de nuevo en la Corte fué redactor de *El Correo*, *El Globo*, *El Mundo*, *España Nueva*, *La Mañana*, *La Tribuna*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, *La Libertad* y *El Debate*, y colaborador de *A B C* y *Blanco y Negro*, simultaneando con el periodismo y las letras la carrera de abogado, en la que obtuvo grandes éxitos.

«Que cómo escribía Don Pío? Pues; voy a decirlo en muy pocas palabras. Don Pío escribía muy requetebién, señores aficionados de hoy, porque era un maestro de cronistas y poseía, además de una agilísima pluma, grandes conocimientos en materia taurina, por lo que aquellas sus crónicas pitonudas, más que escritas, parecían bordadas a muchísimos de sus lectores.

Así, pues, para recreo y deleite de quienes le leyeron en su día y como pequeño botón de muestra para los que no alcanzaron a conocer la época en que fué escritor, reproduzco en parte la correspondiente a la corrida en que hizo su reaparición ante el público de la Corte —24 de junio de 1911— el torero sevillano Antonio Fuentes. Empezaba así:

«La vuelta del gran torero. Muchas personas de esas que no saben pensar por su cuenta y necesitan la ajena inspiración para colocarse, aun en las cues-

Escribió «La Casa de la Troya» y «Currito de la Cruz», que obtuvieron grandes éxitos al ser llevadas a la escena y la pantalla

tionen más sencillas, han dudado la actitud que tomarían ante el hecho insólito del retorno a la pelea de este gran torero. ¡Como si estuviésemos sobrados de artistas y nos hiciese estorbo uno que venga a romper la sosería, la monotonía que ahora padecemos!

En la afición hay un regular número de sujetos serios como postes, que protestaban contra la vuelta de Fuentes por la sola razón de que se había ido. Otros protestaban a su vez porque su pasión por tal o cual ídolo, lejos de quitarles conocimiento en esta ocasión, les mostraba claramente el peligro de la presencia en la Plaza de un torero de la buena escuela, que puede enseñar a la afición nueva de ahora y recordar a la vieja cómo se torea con verdad y con arte.

De ahí que se preparase alguna teatralería que salió fallida, y que al entrar en la Plaza se dieran santos y señas...

Fuentes ha sido, y es todavía, cojo de las dos piernas, pero cabal de corazón; un torero como quisieramos que fuesen los toreros. Como deben serlo. Torero y matador. ¡Ven ustedes el peligro que representaba para los istas de la derecha, izquierda y el centro, el retorno de Fuentes?

El toreo ha derivado, o lo quieren hacer derivar por malos caminos, y la presencia de este torero en la Plaza nos traía luz de verdad para los ojos adormecidos y aire puro para los pulmones fatigados.»

Sólo el verle salir con las cuadrillas alegró la vista. Silbaban, gritaban algunos, no preguntemos quiénes, mientras aplaudían otros, y el torero cruzaba el redondel con la cabeza baja... Pero cogió el capote de brega y lo dejó arrastrar con aquel su peculiar modo; puso la mano derecha en la cadera, y al ver el pueblo la elegante figura sintió que se le entraba por el alma la esencia fragante y fina de torero que invadió la Plaza, y rompió a aplaudir, a aplaudir celebrando el toreo ido, el toreo bueno, el toreo de los años grandes de Mazzantini y Guerra, de Reverte y el Bomba mejor, de Fuentes y Algabeño... ¡Quién era capaz de silbar ya? ¡Al diablo las conjuras!

Como escritor, Pérez Lugín alcanzó dos grandes éxitos con sus novelas «La Casa de la Troya» y «Currito de la Cruz», que más bien parecían hechas por un santiagués y un sevillano que por un madrileño, culminando el éxito editorial de tan magníficas novelas con el obtenido al ser llevadas al celuloide.

Linares Rivas las adaptó a la escena y por las compañías titulares de los teatros de la Comedia y Lara fueron estrenadas y representadas durante muchas noches consecutivas.

Don Alejandro Pérez Lugín, que había nacido en Madrid el 22 de febrero de 1870, falleció en El Burgo (La Coruña), el 6 de julio de 1926, cuando contaba cincuenta y seis años y aún eran de esperar muchas pruebas de su fecundo ingenio.

JUAN LAGARMA

AFICIONADOS de CATEGORIA y con SOLERA

HISTORIA TAURINA DEL GENERAL MILLAN ASTRAY

En respuesta a las preguntas habituales de nuestra sección, el general MILLAN ASTRAY nos ha enviado estas interesantes impresiones de su historia taurina



La primera vez —porque todo en la vida tiene su primera vez— que fui a los toros era yo muy niño. Tendría ocho años.

Entonces los carteles decían: "Las puertas de la Plaza se abrirán tres horas antes de empezar la corrida." Naturalmente, yo iba a esperar que se abrieran aquellas puertas, tres horas antes. Eran las del patio de caballos de la Plaza de Madrid —anterior a ésta—, tan bonita, tan querida y tan llorada, porque la actual, desgraciadamente, no la sustituye por ningún motivo. Solamente tiene la ventaja de que es más grande.

Continúo mi historia, diciendo que aquellas tres horas se me pasaban en un soplo. Primero, a ver las caballerizas donde estaban los caballos que habían de utilizar los picadores. Había muchos; no sé si mi imaginación infan-

til los aumentaba, pero creo que eran 20 ó 30. Salfan los "monos", con uno o dos caballos, para recoger a sus picadores, que luego venían montados a la Plaza desde sus casas, llevando a la grupa al monosabio. Después iban llegando las cuadrillas. Yo, como todos los chavales, me acercaba, con más o menos soltura, a tocarles los alambres de la chaquetilla a los toreros, y si alguno reparaba en nosotros y nos sonreía, y si agarrábamos un apretón de manos de aquellos para nosotros semidioses, éramos felices. Llegada la hora de ir a la localidad —¡todo llega en este mundo!—, marchábamos a nuestro tendido de sol.

Los grandes toreros que yo recuerdo de aquella época eran: de los novilleros, Machaquito, Fuentes, Bomba grande y Bombita. De los matadores de toros consagrados, don Luis Mazzantini, Minuto y Guerrita. Y de los picadores, Badila y Agujetas.

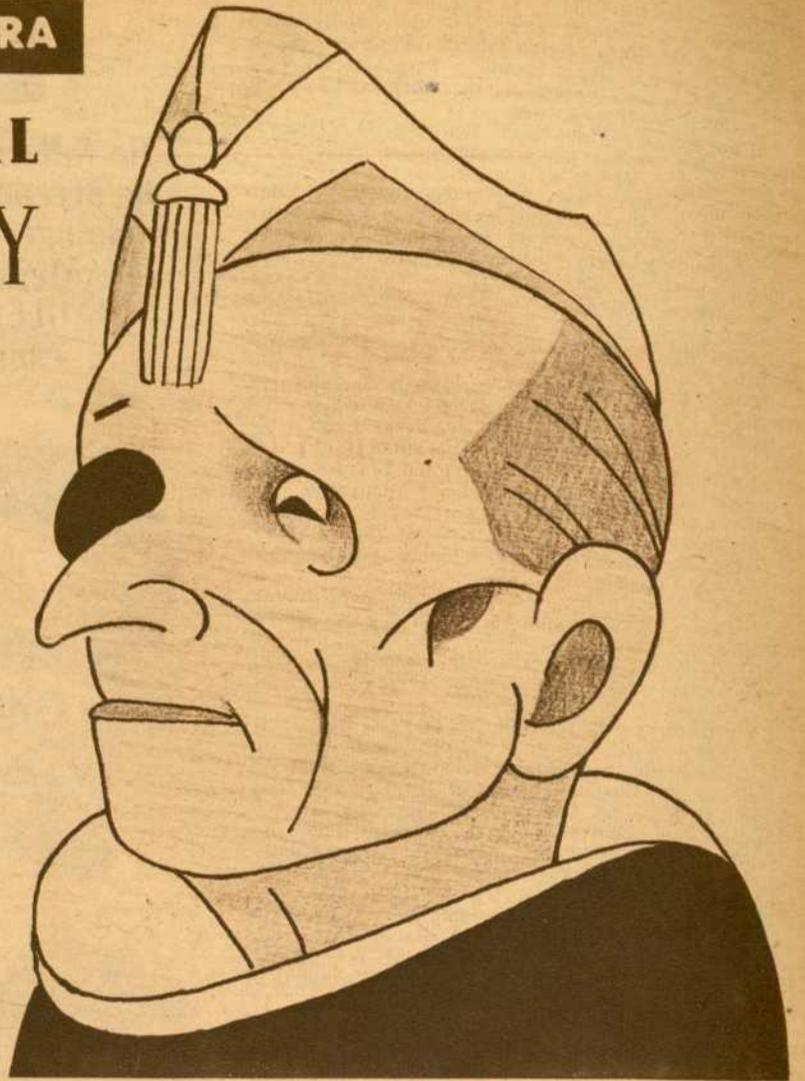
Ya de hombre traté, más bien conocí, a Mazzantini, a Bombita y a Machaquito —que me honra hoy con su amistad—, al Guerra y a Agujetas, el picador que en sus últimos años estaba de guarda en un edificio militar en Ceuta, hará más de veinte años. Es imposible que todavía pueda vivir, pues ya era muy viejo. Hoy tengo el honor de ser amigo del gran Belmonte, que, por cierto, he de contar lo más brevemente posible esta anécdota de él:

En tiempos de ser general en jefe de Africa el glorioso y heroico y para mí tan querido general Sanjurjo, los toreros españoles —que en este momento siento no recordar sus nobles nombres— ofrecieron una corrida a beneficio de la Legión, que produjo 20.000 duros limpios. Algún tiempo después conocí a Belmonte, y hablando de la corrida aquella, me ofreció el excelso torero español otra corrida, con estas palabras: "Yo le ofrezco y le pido me acepte una corrida mía a beneficio de los legionarios. Yo pondré la Plaza, pondré los toros y los mataré yo." Y yo le contesté: "Juan Belmonte: En nombre de los legionarios y mío le doy a usted las gracias más expresivas y más rendidas; pero los toreros españoles ya nos han regalado 20.000 duros; ya no es preciso más; con esto basta. Nosotros no queremos abusar de esa generosidad tan solicitada por todos; de ese altruismo, de ese desprendimiento, de esa magnanimidad de los toreros españoles, que el que necesita dinero, para cualquier obra benéfica lo ha de hacer sacrificando a nuestros bravos toreros, que, además de su arte, exponen su cuerpo y su vida. ¡Gracias, Juan Belmonte!" Belmonte insistió; pero los legionarios, y yo en nombre de ellos, no lo aceptamos, y en cambio guardamos una gratitud como legionarios, y una admiración como españoles, al torero cumbre de la torería española.

Sigo mi historia.

En aquel entonces —hablo de mi niñez—, lo que más me gustaba y recuerdo eran las banderillas que al quiebro ponía Fuentes, y el coraje del novillero Machaquito, junto con el gran Vicente Pastor. Los tres somos de la misma promoción, o sea, del mismo año de nacimiento.

Después, es lo cierto que por mi carrera mi-



litar, que absorbió por completo mi vida, se puede decir que, salvo algunas excepciones en cada tres o cuatro años, no volví a ir a los toros hasta ahora, que gracias a la generosidad de mis amigos (no cito quiénes por no molestarles trayendo aquí sus nombres), tengo un abono en la meseta de toril, en la fila segunda, número 4, que es una butaca de piedra, de amplia comodidad, si bien la dureza del granito la atenúo con una mullida almohada. Desde allí veo los toros de hoy. Estoy asombrado de la valentía y de la bravura de nuestros toreros, de su arte, que, definido por mí, que soy completamente lego en la materia, que desconozco todas las reglas, tan ceñidas, tan exageradas, tan inhumanas —¡por qué no decirlo!— que rigen los juicios de lo que se llama "la afición" y de los que constituyen "la crítica". No se puede exigir a todos los toreros con todos los toros que hagan lo que hacen hoy los toreros, que, por agradar a "la afición" y no enojar a "la crítica", se ven obligados a hacerlo, porque al público, al que yo pertenezco —y yo llamo público a los que vamos a los toros a ver la corrida y no a examinar a los toreros con la misma severidad y dureza que si fuesen a examinarse para ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos—, no lo vemos así. Y, naturalmente, los toreros pundonorosos, incluyendo a estos maravillosos toreros de hoy, que no cito por no olvidarme de alguno, aunque en el pensamiento de todos están quiénes son, hacen un verdadero derroche de bravura y desprecio de la vida.

En fin, para terminar: Yo sólo soy uno de tantos del público, no un sabio desde el tendido, que es muy fácil serlo; pero digo solemnemente: La fiesta de los toros me encanta, principalmente por el valor que derrochan los toreros; apenas hay alguno que no sea valiente; por la bravura y la bonita lámina de los toros de lidia, que no son "monas" ni son chotos, ¡ni mucho menos! Que yo aplaudo con todo mi entusiasmo, y que cuando veo que un torero tiene mala suerte, o no se encuentra en la plenitud de su valor, siento pena y quisiera poder ayudarle, o —¡por qué no decirlo!— echarle una arenga, como si fuese un legionario; pero no desde el tendido, sino al lado de él y en la propia arena.

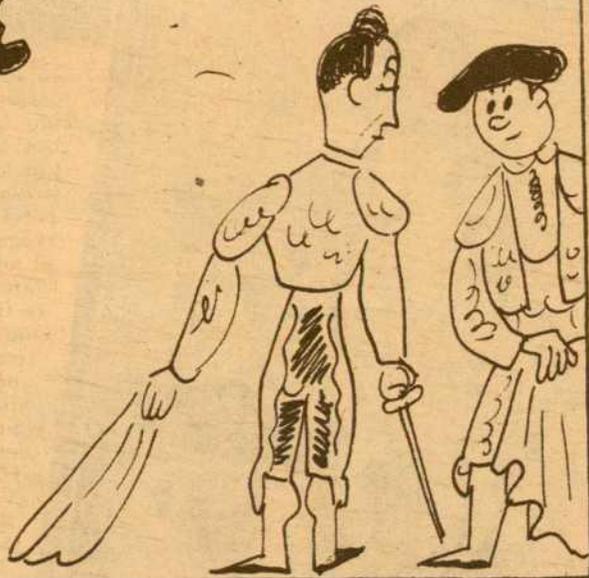
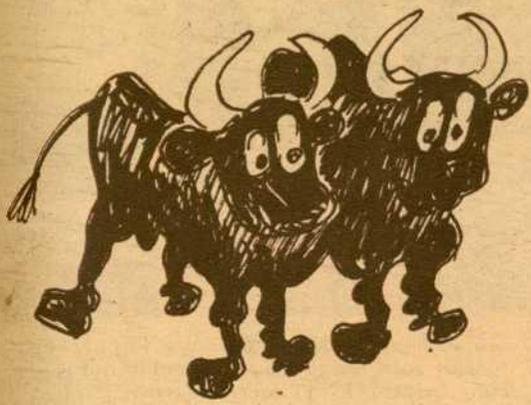
JOSE MILLAN ASTRAY

**Balsamo
Azul**

UNGÜENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL •

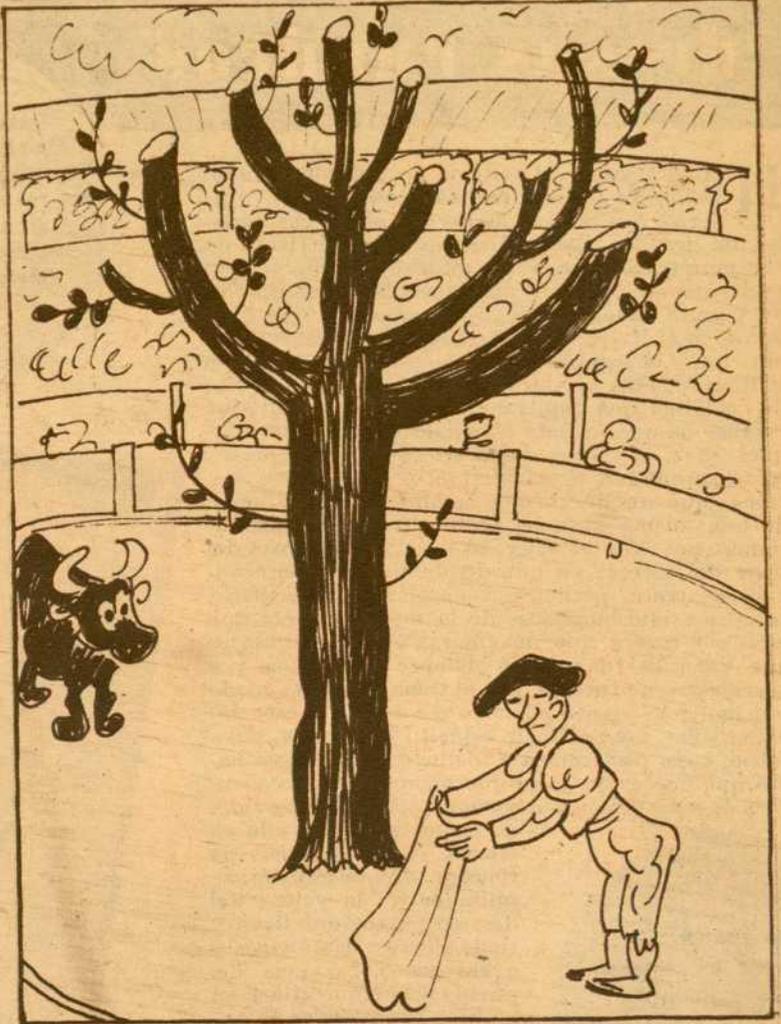
QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
Censura
sanitaria
n.º 3970
VENTA EN FARMACIAS

4 CHISTES TAURINOS DE GALINDO, 4



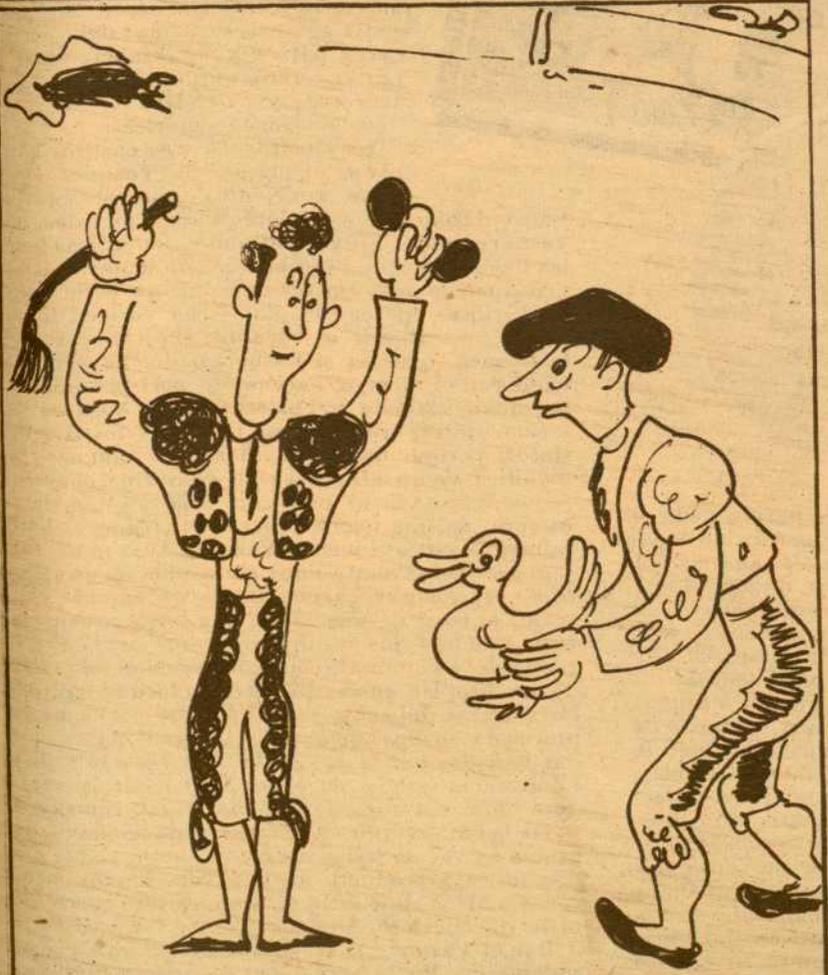
DISGUSTADO

—Ya me podían haber advertido que los toros eran siameses



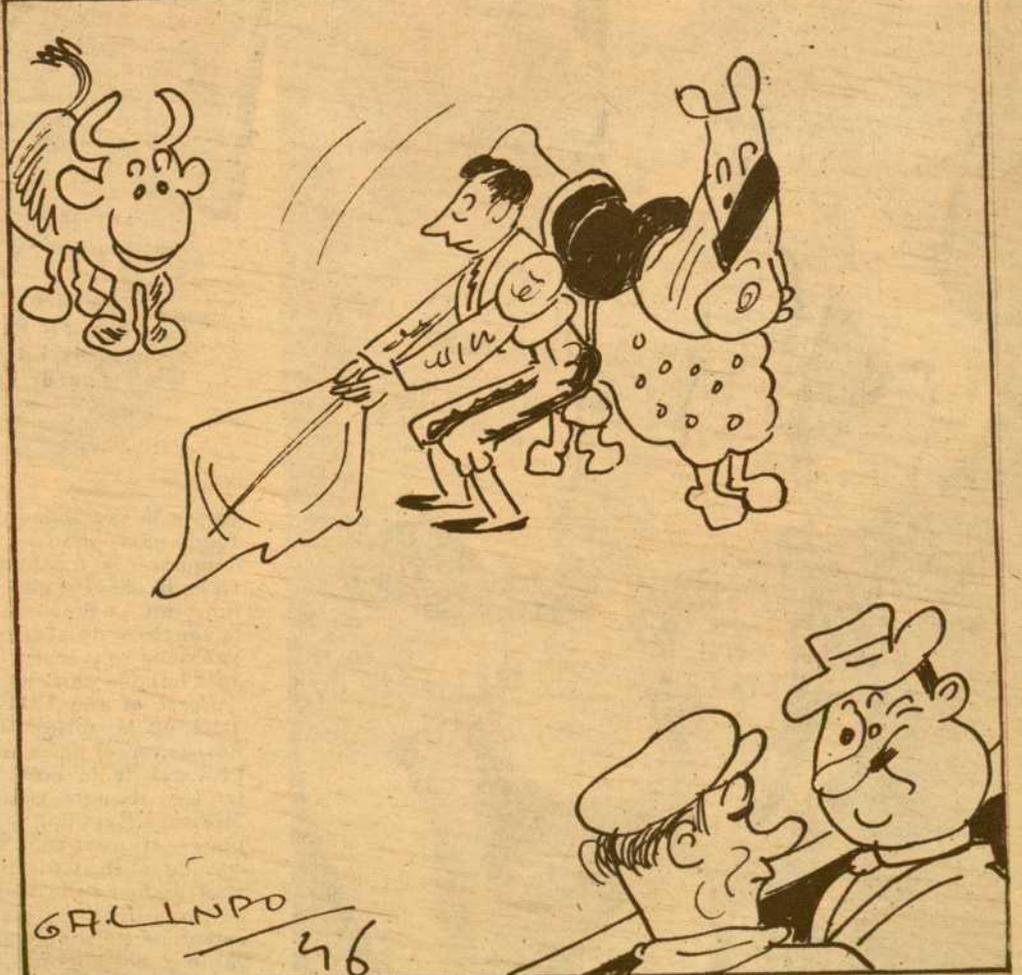
ARBOLITO

—Esto ocurre por regar demasiado la Plaza



OVACION

—¿Y este qué significa, Manolo?
—Que el presidente, además de las dos orejas y el rabo, se ha empeñado en concederte una pata



VALIENTE

—¿Y ahora por qué han traído ese caballo?
—Porque el matador quiere hacer la faena sentado en el estribo

EL ARTE Y LOS TOROS

El pintor y la serie idéntica de sus cuadros

HABLÁBAMOS en el artículo anterior de la repetición de cuadros realizada por algunos pintores, con motivo de las dos obras casi iguales, de grandes dimensiones, que con el título de «La muerte del maestro» y «Murió el maestro», respectivamente, pintó Villegas en las postrimerías del pasado siglo, cuadros que sensiblemente quedaron en el Extranjero—uno fué a parar a Norteamérica, y el segundo, a Rusia—, sin que a España le fuera posible ni aún admirar. Pero en esta cita de artistas que repitieron sus obras habrá que reseñar de una manera especialísima a Daniel Vázquez Díaz, el pintor de toreros por antonomasia, en la actualidad el primer pintor de retratos taurinos, que de un mismo cuadro, y no pequeño, de una misma obra ha realizado tres copias, variando tan sólo el color, el tono y las gamas del traje del torero, ya que de un torero indeterminado se trata, pero con todas las características raciales e idiosincrásicas de la más pura estampa gitana y torera que imaginarse pueda. Sabido es que Vázquez Díaz sintió siempre preferencia por los retratos de toreros, por el tema en cierto modo taurino, por cuanto encierre ese hondo y emocional sentido, ese profundo espíritu hispanista, cuya causa, cuya preferencia e inclinación temática habrá que buscar en su propio nacimiento, justificativo de esta prístina devoción pictórica, ocurrido,

no importa el año, allá en Nerva, en la provincia de Huelva, donde el aire impulsador de la veleta del destino parece que lleva y tiene alientos nostálgicos y aventureros, herencia del pueblo árabe que afinó en los hórpidos vergeles de Andalucía, y donde todo el ímpetu viril de una raza fuer-

Vázquez Díaz, con su amigo Sanz-Arizmendi, en la Plaza de toros de Fuenterrabía el año 1912, donde pintó el cuadro «El ídolo gitano», existente en el Museo de París

«Ídolo gitano» (Torero del 98), óleo de Vázquez Díaz, en su segunda copia (Colección Valero, Madrid)



«El ídolo gitano», pintado por Daniel Vázquez Díaz el año 1915 y que se conserva en el Museo de Luxemburgo, de París

te y a la vez soñadora parece pedir el fondo enarenado del coso taurino donde demostrar su incontenible valor envuelto en la capa reluciente de un sol deslumbrante e ignescente que hace hervir la sangre y desatar las pasiones, esclavas siempre por devota sumisión, a los más hondos y firmes sentimientos.

Corre el año 1911 cuando Vázquez Díaz, en la misma Plaza de toros de Sevilla, en el patio de caballos, nervio prologal de la lidia, pinta su famoso tríptico «Sangre y arena» (Ave César-Moriture-Expolio), y cuatro años después—transcurre el verano de 1915—, cuando el ilustre pintor nerverense, encontrándose en la vieja y famosa Plaza de toros de Fuenterrabía, allá en las cercanías del San Sebastián incomparable y cosmopolita, pinta su célebre cuadro «El ídolo gitano», que, expuesto algún tiempo después en París, en la famosa Exposición del Arte Español, fué adquirido por el Estado francés para el Museo de Luxemburgo, donde se encuentra. Pero el cuadro con el marchamo inconfundible de su nacionalidad queda fuera de España, tan fuera e inasequible ya para nosotros, que Vázquez Díaz, prendado de la efectista

composición, lo reproduce años después, variando tan sólo las gamas y el color del rico vestido torero. El primero es rosa y plata, un rosa asalmonado, y el segundo, de y plata. Idéntica la posición, idéntica la excesiva verticalidad de la figura, tal vez idéntica la expresión e igual o seme ante la mirada interrogadora del torero Varía, eso sí, el fondo, el aditamento aureolar, lo que pudiéramos llamar el dosel que sirve de fondo y realce a la figura. Los dos cuadros se llaman lo mismo: «El ídolo gitano», pero ya el segundo tiene un subtítulo para diferenciarlo, para que la catalogación no los confunda: «El ídolo gitano» (torero del 98). Este último queda en Madrid y en la Colección Valero.

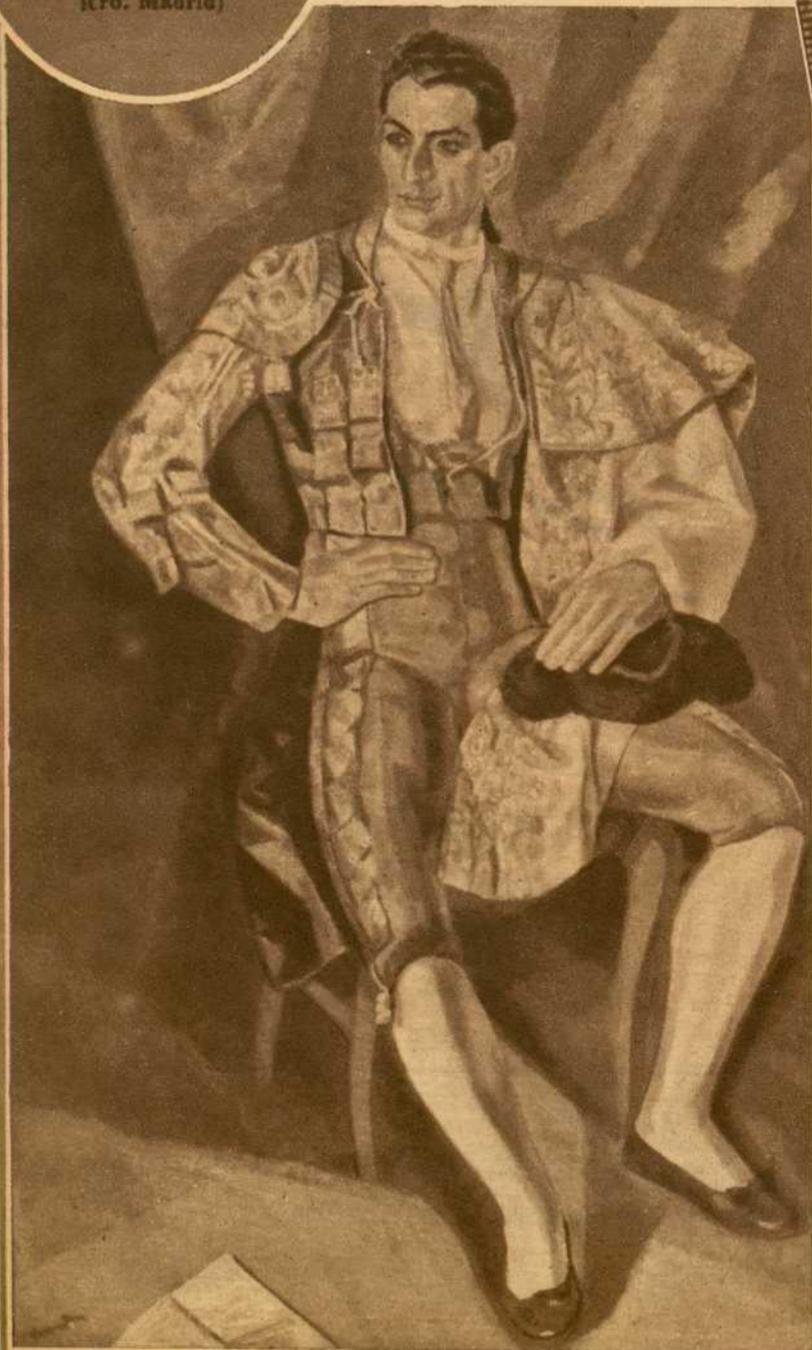
Hace aproximadamente año y medio, Vázquez Díaz siente de nuevo la ilusión del tema y, seducido por él, vuelve a pintar con el mismo entusiasmo de antaño un tercer cuadro idéntico a los anteriores que titula «Torero en rojo»—rojo y negro—, que ya conocemos, que no es sino aquel ídolo gitano, broncíneo, netamente español, que nació un día para el arte en las dependencias de la abandonada y ruinosa Plaza de toros de Fuenterrabía, cuando el pintor, residente a la sazón en París, sentía agudizarse la nostalgia por la tierra nativa y de Francia venía a pintar toreros que eran como la suma fervorosa y patriótica de sus innatas devociones pictóricas.

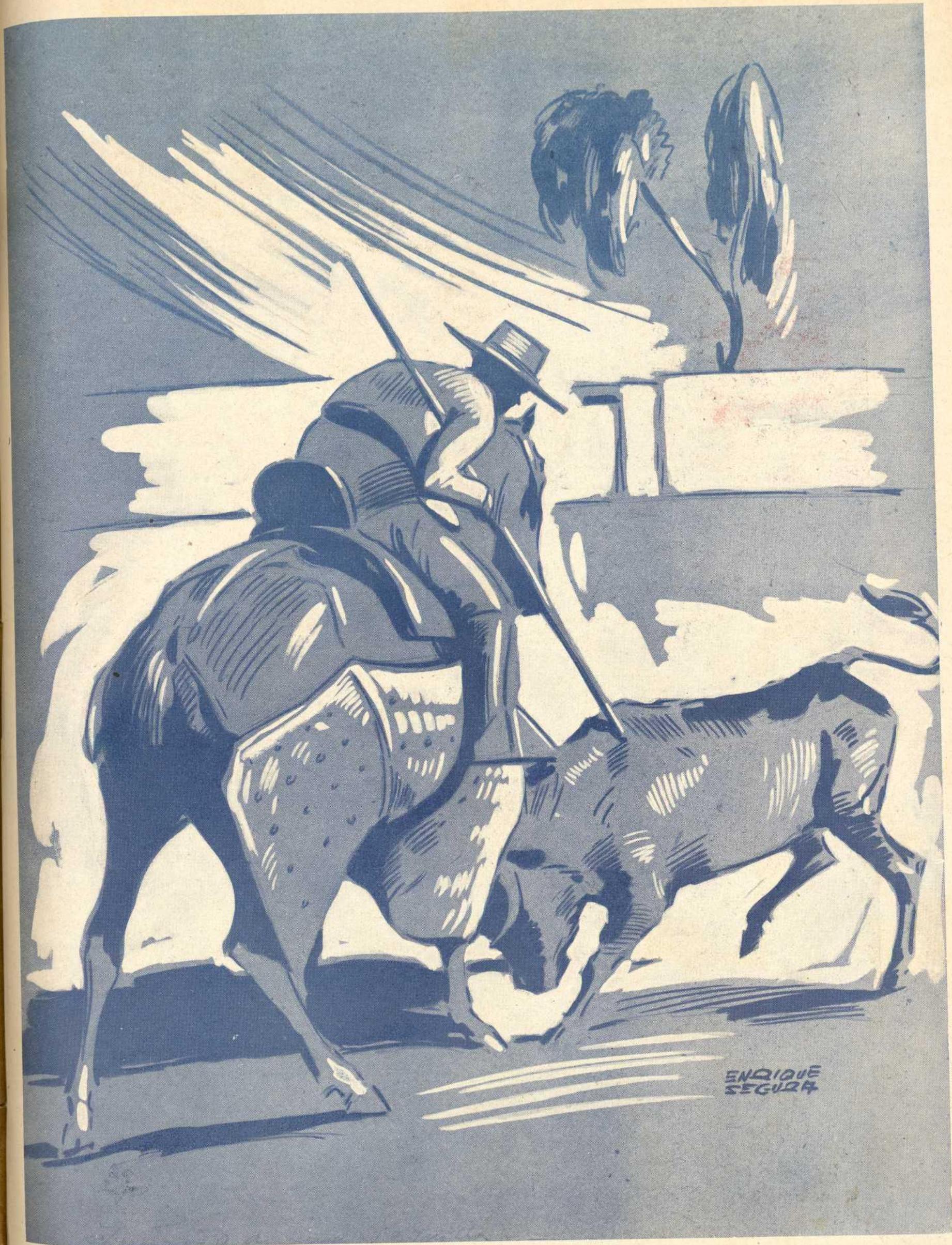
Tres cuadros, sí; tres cuadros iguales, idénticos, de Vázquez Díaz, tan semejantes, que, al superponerse, darían uno solo, como si fuera un calco, dos veces repetido. En verdad que son idénticas todas las líneas o trazos, pero ha variado lógicamente lo principal, lo más importante de esta serie hecha en distintas épocas del pintor: ha variado lo que pudiéramos llamar la hechura, el estilo personal, la técnica, que esa sí ha cambiado, ha evolucionado con el tiempo, haciéndose más precisa, más personal, acabada y perfecta. Tres cuadros del mismo pintor, tres cuadros iguales, y los tres distintos, porque hasta la valoración cambia y se modifica en un alza natural, conforme el artista se va acercando al pináculo, a la cúspide de su carrera, en una lógica progresión creadora. Naturalmente, no es el mismo Vázquez Díaz el de 1915 y el de 1945. Treinta años en la vida de un artista son o representan precisamente un camino recorrido, el final de una meta, esa línea circunvalatoria que hay que seguir para poner cerco al arte, reducirlo y dominarlo hasta hacer de él un esclavo de las propias ansias pictóricas, hasta lograr que los secretos del color y del empaste, de la mágica pincelada se desvanezcan y aclarea hasta quedar bañados por la luz de la comprensión y de la inteligencia que ha de concebir y crear la verdadera obra, esa obra de la época final, remanso de todas las inquietudes artísticas y emocionales, que sabe a la vez de todas las experiencias y que es la resultante o producto de una vida afanosamente consagrada a descubrir el gran secreto concepcionista del glorioso Apeles.

Daniel Vázquez Díaz, pintor de toreros por antonomasia. En la actualidad el primer pintor de retratos taurinos que de un mismo cuadro ha realizado tres copias, variando tan sólo el color, el tono...

Obra magnífica y maravillosa del ilustre colaborador de nuestra Revista. Obra asombrosa de Vázquez Díaz, el primer pintor—por derecho y en justicia—de algo tan profundamente nuestro como es la Fiesta Nacional.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS





ENRIQUE
SEGURA

Tentando una vaquilla



Toros en la dehesa

(Dibujo de Alejandro Sainz)